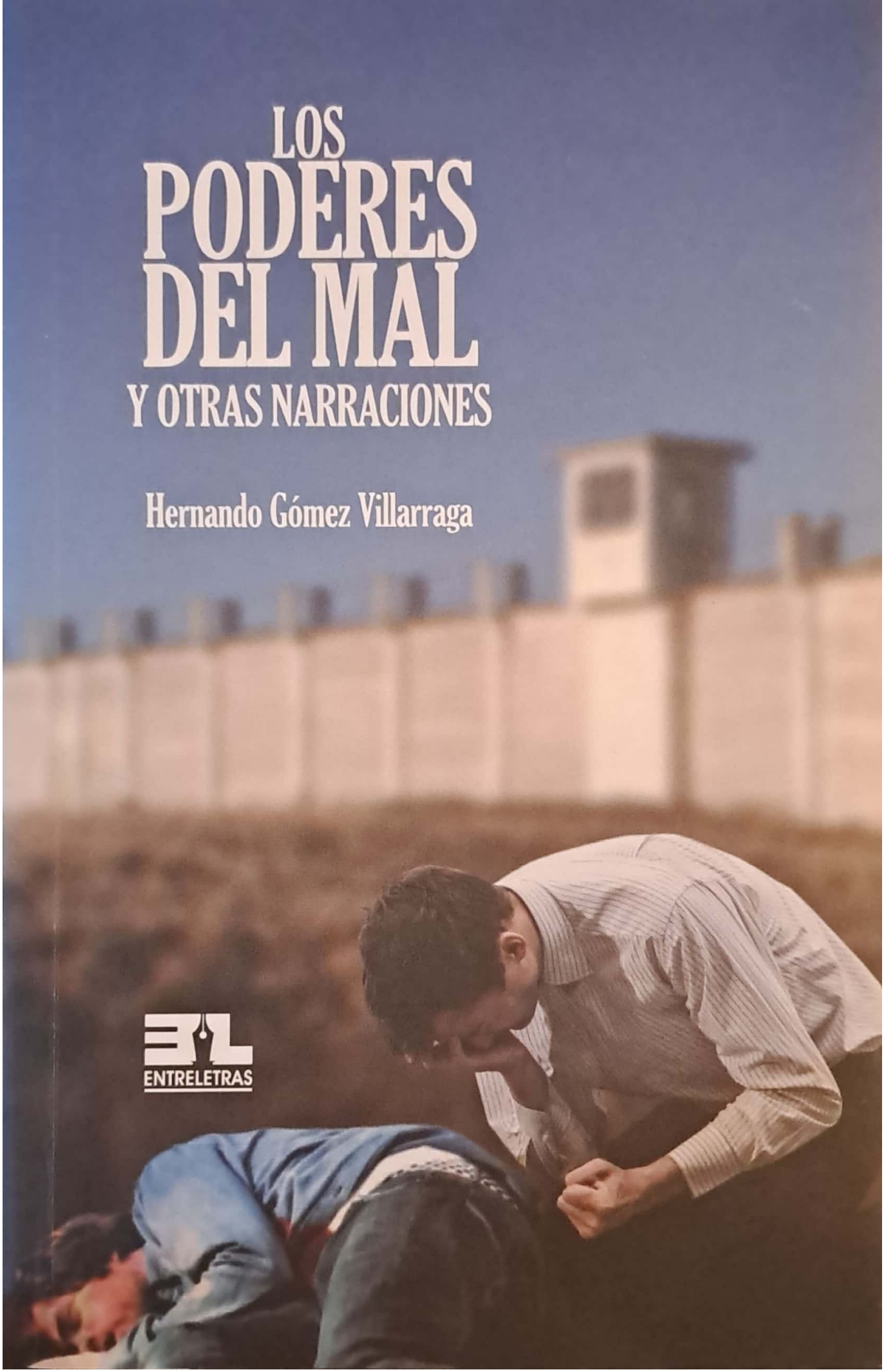
LOS PODERES DEL MAL

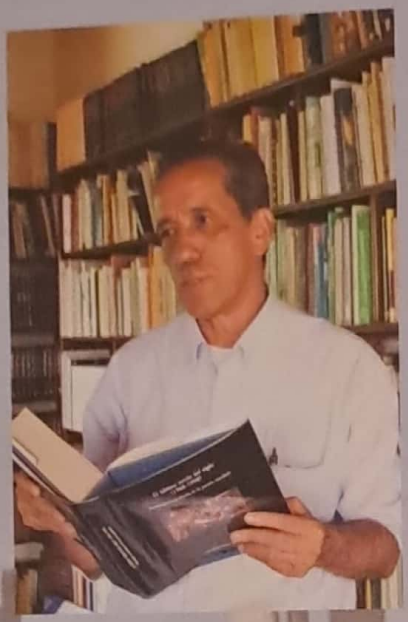
Y OTRAS NARRACIONES

Hernando Gómez Villarraga



ENTRELETRAS

Powered by CamScanner



Hernando Gómez Villarraga

En el año 2000 dio a la luz su ópera prima ***En cautiverio y otros cuentos de lo real y lo imaginario***.

El escritor y crítico Hugo Chaparro Valderrama, señaló en su momento, refiriéndose a uno de los relatos del autor: «(…) sus personajes tienen vida, esto es, son de carne y hueso». En efecto, Hernando Gómez Villarraga, como el buen alfarero, elabora sus ánforas y en su ambiente queda impregnada la profunda fragancia de la vida.

El escritor Ramón Chao, miembro del Concurso Internacional de Cuento Juan Rulfo, con sede en París, le remitió misiva alentándolo en sus proyectos literarios. Ahora, Gómez Villarraga regresa con la presente propuesta literaria.

Hernando Gómez Villarraga (Villarrica, Tolima, 1953) reside en Villavicencio desde 1963. Ha leído y estudiado a fondo a grandes autores clásicos como Tolstoi, Conrad,

(pasa a solapa siguiente)

Powered by CamScanner

LOS PODERES DEL MAL

Y OTRAS NARRACIONES

Hernando Gómez Villarraga

ENTRELETRAS

Powered by CamScanner

Título original: *Los poderes del mal y otras narraciones*

Dirección editorial: *Jaime Fernández Molano*
Coordinación: *Orlando Peña Rodríguez*
Diseño y diagramación: *Diego Torres*
Portada: *Diego Torres*
(*Imágenes de: http://www.gfxttra.com/ - http://blogs.lanacion.com.ar/*)

Primera edición: *Agosto de 2016*

© Hernando Gómez Villarraga
hernamevg@hotmail.com

© Para la presente edición:
Corporación Cultural Entreletras
Calle 38 No. 30A - 25 Of. 503 edificio Banco Popular
Centro, Villavicencio, Meta, Colombia S.A.
Correo: corpoentreletras@yahoo.com

ISBN: 978-958-59008-6-8
Hecho el depósito legal

Se prohíbe la reproducción parcial o total de este libro por cualquier medio posible sin la autorización expresa escrita del autor y del editor.

IMPRESO EN COLOMBIA
PRINTED IN COLOMBIA

Powered by CamScanner

Prefacio

Escribir en nuestros tiempos es una tarea bastante ingrata, sobre todo cuando es el mismo autor quien tiene que subvenir todos los gastos editoriales. Sin embargo, esto tiene poca importancia para el lector, lector que a propósito está en vías de extinción. Entonces, ¿por qué insistir en escribir? Debe ser algo innato en muchos, o una necesidad en varios como la de respirar. Supongamos este mi caso.

La trilogía de historias que reúno en el presente volumen está en el orden literario de novelas cortas o *nouvelle*, un género que Cortázar definió «***A caballo entre el cuento y la novela***». ***Los poderes del mal*** y ***Destinos***, caen en esta variedad, mientras ***Criptograma*** es la típica especie de cuento.

Ahora bien, cada una nació en sí bajo parámetros diferentes: en ***Los poderes del mal*** aconteció que leyendo a Stepehen King, decía —refiriéndose a sus novelas—, que más que pensar en una trama, sus mejores historias surgieron de la pregunta que solía hacerse: *¿Qué pasaría si de*

Powered by CamScanner

pronto?... Así, en lugar de una calculada intriga, asociaba ideas con este procedimiento despertando la imaginación. Confieso que el método me sedujo y con la pregunta en el aire me dije cierto día: *¿Qué pasaría si de manera desprevenida un amigo te recoge en un coche y más adelante la policía le hace un registro de rutina al vehículo y encuentra camuflado un cargamento de cocaína?* El pasajero, ajeno e inocente de todo, queda envuelto en una encrucijada y los acontecimientos pueden ser diversos.

La elaboración y estructura de la obra no dejaron de ser arduas, además del trabajo investigativo para el caso. Había estado leyendo a John Grisham —con varios bestsellers a cuestas tales como *El rey de los pleitos*—, abogado él de la universidad Estatal de Mississippi, quien afirmó que, no obstantes las múltiples correcciones, no dejaban de escapárseles lapsus en el intrincado estadio de la legislación. Si esto lo dice un erudito como Grisham, que se me perdonen por adelantado los posibles errores de procedencia en la materia, pero la autenticidad de la obra la hará sostenerse por sí sola.

* * *

Sigue en el orden ***Destinos***, narración que como su nombre lo indica hace referencia al misterioso e insondable hado que nos acompaña desde que nacemos. La ola migratoria latina que se dio hace unas décadas, en especial hacia España, era lo que buscaba cada uno de aquellos aventureros: un mejor porvenir. Me hago cargo del periplo de uno de ellos narrado en primera persona, sin saber a ciencia cierta cuáles serían los avatares y el desenlace final de la historia. Fue como ir descubriendo con el personaje su arcano sino.

En *Edipo rey*, tragedia griega de Sófocles, el oráculo Delfos anuncia a Layo que el niño, su hijo, una vez adulto, le dará muerte y desposará a su mujer. Vemos en la obra que

Powered by CamScanner

Layo, para evitar el trágico DESTINO del augurio, ordena a un súbdito matarlo. Sin embargo, apiadado del niño, el súbdito lo abandonó de todas maneras a una muerte segura en el monte, colgado de un árbol por los pies. El caso es que Edipo sobrevive y lleva a cabo la profecía.

¿Nacemos acaso con una curva qué recorrer ineludiblemente? Y sí es así, ¿hasta dónde somos responsables de nuestros actos? Pero más que entrar a una polémica tan espinosa, lo que quiero consignar son los hechos que nos pasman de lo que parece imposible y que para el hado no lo es. He ahí el caso del avión DC-9 que explotó en el aire a 500 millas de Bogotá donde murieron 47 pasajeros y cinco tripulantes. **Era imposible** que se hubiera salvado alguien. No obstante, para la chica Érika Delgado, de 10 años de edad, su destino no era morir en el siniestrado avión. La niña cayó sobre un montículo de algas en un lago, y fue hallada por un campesino, consciente y apenas con un brazo lastimado. En mi *nouvelle* ocurre algo similar y no quisiera extenderme más en el asunto, porque ejemplos hay por montón en estos y otros casos. Sólo me resta decirle, amable lector, que el azaroso hado del que nadie conoce los secretos que nos tiene guardado para mañana, los trate con benevolencia.

* * *

Completa la trilogía ***Criptograma***, relato que hace alusión a la ciencia del sueño, cuyo protagonista es un enigmático criminal que suele dejar junto al interfecto, una especie de jeroglífico en la que está el nombre de la futura víctima. Para descifrar dicha clave se tiene que estar familiarizado con los códigos de las visiones oníricas, tema esotérico que ha estado ahí desde tiempos inmemoriales. El científico, siempre dado a lo práctico, no lo tiene en cuenta, pues no es materia que se pueda meter a una probeta y analizar, y en todo caso lo

Powered by CamScanner

toma como algo somático, sin ningún interés por lo psíquico. Es famoso el pasaje del Génesis de la interpretación que hace José de los sueños del faraón, relacionado con el futuro. Precisamente lo afín con el porvenir en las visiones oníricas, fue lo que me llevó a escribir el presente relato, de lo que estoy seguro algún lector avezado sabrá sacar provecho, pues no obstante ficción, el sueño es algo común a todos nosotros.

En el libro *Diálogos Borges-Sábato*, tratan el asunto.
"*Sábato*: ¿Qué piensa usted Borges sobre la validez del sueño, quiero decir de la realidad que aparece en los sueños?
Borges: Es un lindo tema."

En efecto, tal como lo dijo el autor de *El Aleph*, «Es un lindo tema», y espero que haya valido la pena conformarlo para esta trilogía de historias que estoy dando a la luz pública.

H.G.V.

Powered by CamScanner

Los poderes del mal

Powered by CamScanner

1

Jaime Barragán tenía su despacho en el quinto piso del edificio Robledo en los alrededores del parque Central. Acababa de llegar cuando Tony lo llamó. Era un hombre flaco, de modales bruscos, ansioso, con rachas de alcoholismo, y solía fumar un promedio diario de cajetilla y media de cigarrillos; bordeaba los cincuenta y cinco años y era de hablado atropellado y gesticulante. Había estudiado en Bogotá en la universidad Javeriana y se había especializado en derecho penal y en derecho civil. Fue abogado durante un buen tiempo del cuerpo de bomberos, asesor jurídico de varias sociedades anónimas, y tuvo un rápido paso por la Fiscalía donde estuvo tres años. Ahora era un litigante de tiempo completo, mañoso e impredecible.

Mientras Tony le hablaba y le ponía al corriente de lo que le había pasado, no dejaba de darle caladas a su cigarrillo y sorber el tinto humeante que la secretaria recién le había servido. Eran las ocho y media de la mañana y la noticia lo había trastornado.

—Pero entonces usted ¿no ha aceptado responsabilidad en el hecho? —preguntó inquisitivo.

—No de momento —respondió Tony—. Estoy esperando su presencia.

—La situación es peliaguda…

Powered by CamScanner

—Lo sé —dijo al otro lado la voz. —Y tras una breve pausa: Tengo una idea para salir de la encrucijada.

Barragán dio una última chupada a su cigarro, aplastó la colilla en el cenicero de vidrio que estaba a un lado del escritorio y enseguida soltó:

—¿Es viable?

—Lo discutiremos acá —anotó Tony.

A las diez de la mañana Jaime Barragán se presentó en la DIJIN donde tenían a su cliente. Cuando estuvieron los dos solos en la sala de entrevistas, Tony expuso someramente su propósito.

Barragán lo miró llevándose a la boca la mano en forma de puño mientras daba un fuerte carraspeo.

—Y cree que el fiscal se va a comer el cuento —dijo.

—Habrá un testigo —expuso Tony paseando una viva mirada por el rostro abotagado de su defensor.

Barragán se quedó pensando por un momento; la cosa podía en efecto funcionar de esa manera con un deponente. El pobre diablo de su amigo sería el chivo expiatorio. En este momento cualquier salida era válida y parecía que Tony tenía una.

—¿Está seguro? El asunto es delicado... por decirlo de alguna forma.

—Completamente —especificó Tony con un rictus nervioso en sus labios.

Y tras darle los datos de su hombre se despidieron.

Cuando llegó a la oficina un individuo joven de estatura media y complexión atlética, lo esperaba. Dijo llamarse Miguel Rosales y venir en nombre de Tony Saldarriaga. El jurista lo hizo entrar enseguida a su despacho y pidió a la secretaria no lo fuese a interrumpir sino era por un motivo urgente.

—Bien —dijo acodado en el escritorio y mirando al desconocido que tenía ante sí—, primero que todo necesito saber si conoce cuál va hacer su rol en esta tapadera.

—Más o menos —contestó el hombre—. Tony me dijo

Powered by CamScanner

que usted me daría instrucciones.

—Sobre todo es importante estar empapado de los hechos —dijo el abogado concienzudamente sin apartar los ojos de su interlocutor, que a su vez lo miraba expectante. —Y le fue explicando cómo habían sucedido las cosas—. Tony lo recogió a las 7:30 de la mañana —especificó—. El maletín es marrón, la Toyota de color cielo y su placa lleva la serie SWE 341. Usted —agregó exhalando humo por boca y nariz—, debe mostrarse muy convincente en su declaración y no dejarse intimidar por el fiscal. De ello depende la libertad de Tony. ¿Alguna pregunta?

—Qué trazas tiene el tipo.

—Estaba por infórmaselo. Es un individuo de tez trigueña de unos veinticinco años, pelo ondulado oscuro con un hoyuelo en el mentón y una estatura similar a la mía.

¿Ya había estado antes en alguna audiencia?

—Solamente en el Ejército

—¿Nada trascendental?

—En lo absoluto.

—Volviendo a nuestro caso, usted realmente dónde se encontraba a esa hora.

—Había salido a mi rutina de ejercicios.

—Alguien puede confirmar lo dicho.

—Nadie en particular…, excepto mi mujer.

—O sea que usted suele pasar por allí.

—Sí, pero tomo el atajo contrario y subo por la vía del túnel para luego bajar por Villacentro.

—De todas maneras —dijo el abogado satisfecho—, me parece un buen subterfugio para lo que nos atañe. No es su obligación contestar —añadió sin finalmente poder reprimir la curiosidad que desde un principio lo carcomía—. Pero ¿Por qué hace todo esto?

El hombre se quedó mirándolo serio y pensativo.

Powered by CamScanner

—Tengo un deber de gratitud con Tony —dijo.

Al abogado le pareció una respuesta lacónica, pero al fin y al cabo clara y contundente que no admitía réplicas.

—¿Algo más? —dijo el individuo.

—No, eso es todo —clarificó el jurista tras un acceso de tos que lo obligó a sacar el pañuelo y sonarse ruidosamente—. No olvide —le recordó—, estar por lo menos media hora antes.

Abrió la puerta y salió.

2

Miguel Rosales llevaba un año en el servicio militar cuando cayó herido en combate con la guerrilla en un sitio del Guaviare en límites con el Vaupés. Miguel iba encabezando el destacamento y al llegar a un llano los sorprendieron con ráfagas que parecían venir de todas partes. La respuesta de la tropa fue inmediata cubriéndose mientras se replegaba. Rosales recibió un tiro en una pierna y sólo pudo arrastrarse hasta un montículo de la planicie quedando atrapado por el fuego enemigo. Cualquiera que se fuera a acercar quedaba expuesto a recibir un balazo, y entre tanto el herido se desangraba. Nadie a pesar de las órdenes furibundas del sargento quería arriesgar la vida e ir por él. Fue entonces que Tony en medio de una lluvia de tiros, logró llegar a la pequeña eminencia y retirarse con su compañero herido. La bala apenas había alcanzado a rozar el hueso, pero por la parte del muslo manaba abundante sangre. El enfermero del pelotón hizo lo pertinente, hasta que el grupo de rescate apoyado por aviones y helicópteros de artillería pesada lo evacuaron de la zona; dos meses después volvía a las filas

Powered by CamScanner

restablecido del todo.

Miguel Rosales era un soldado solitario. En los días libres solía quedarse en la guarnición, durmiendo y ordenando todas sus cosas meticulosamente. Siempre se entretenía en algo qué hacer: desde brillar sus botas y todo cuanto reluciera, hasta lo más doméstico, como pegar un botón que hiciese falta en alguna de sus prendas. Su trato con Tony era el mismo que tenía con todos los del resto del pelotón, pero a partir del incidente en que le salvó la vida comenzó a congeniar mucho más con él.

Terminado el servicio Miguel decidió seguir en las filas de contratista, mientras que Tony se estableció en San José; allí durante dos años no hizo más que trabajar en los grandes cultivos de coca como raspachín. Recibía una paga mejor remunerada que otras faenas, pero dejaba hasta el último centavo en las cantinas y burdeles. Cuando cayó enfermo de leishmaniasis y paludismo apenas tenía lo del pasaje para retornar a Villavo donde fue hospitalizado.

3

Tony Saldarriaga no había llegado a conocer a su padre. Tenía escasos tres años cuando dejó de ir al hogar y a Anastasia, su madre, le tocó sola la crianza del crío. Trabajó como lavandera y oficios varios durante un buen tiempo, logrando luego emplearse en el hospital donde tenía un sueldo fijo y subvenía los gastos de la casa con menos premura. Conoció al padre de su hijo a los veinticinco años cuando era dependiente de una cafetería. Él trabajaba a una cuadra de allí en un taller de latonería y pintura. Llevaba siempre calada una gorra de beisbolista con la visera hacia atrás, y era un

Powered by CamScanner

tunante caracterizado por su espíritu alegre y pendenciero.

Fue una conquista fácil y a los pocos días de haberla conocido, la tenía ya atrapada y a su merced. Se fueron a vivir y al principio la cosa marchó bien, pero él continuo con sus conquistas y ya a lo último dejó de preocuparse por los deberes de la casa, tocándole a Anastasia volver a emplearse y hacerse cargo de los gastos. Un día cualquiera ante las continuas peleas con ella, desapareció y nunca más volvió a tener noticias de su paradero.

Anastasia se resistió a conseguir otro hombre, no esperanzada en su regreso, sino porque con solo esa experiencia le bastó para curtirse de las amarguras del amor y de las falsas promesas. En cambio se dedicó a trabajar y conseguir un rancho dónde meter la cabeza.

Tony, decidido a ganar sus pesos arrastrado por ese aire de independencia que desde pequeño lo aguijoneó, dejó la escuela a las primeras de cambio. Estaba varado y sin un centavo en el bolsillo cuando se alistó para el Ejército. Ni siquiera lo consultó con Anastasia, a quien no le quedó más remedio que resignarse. Mientras estuvo en los cuarteles de la Séptima Brigada en Villavicencio, iba a verlo sin falta cada vez que se lo permitían. Sin embargo, al ser trasladado a la zona del Guaviare, poco o nada había vuelto a saber de él.

Casi cuatro años sin verlo ni conocer noticias concretas sobre su paradero, un día, mientras fregaba los pasillos en su turno de la mañana en el hospital, al pasar por la puerta del salón de caridad, un rostro le llamó la atención en la hilera de enfermos hacinados a lo largo y ancho de la estancia. Con el corazón palpitante de emoción se acercó al camastro y reconoció a su hijo: estaba en extremo acabado, flaco, con el rostro tan pálido como la sábana que lo cubría. Dormitaba, la cabeza inclinada a un lado, la boca entornada, las pestañas cerradas sin fuerza alcanzándose a percibir ligera-

Powered by CamScanner

mente el blanco del ojo. Lo contemplaba tratando de retener el llanto y al posar la mano sobre su frente, él reaccionó lentamente desde las profundidades de su letargo.

—¡Madre! —exclamó luego de haber abierto los ojos, incrédulo ante la sorpresa.

Anastasia se inclinó y le besó la mejilla.

—¡Hijo de mi alma!

4

En el condominio arrocero donde encontró trabajo de custodio, Tony Saldarriaga empezó a forjarse una nueva vida. Atrás habían quedado todas sus malas andanzas y ahora era un hombre más maduro y sensato. De hecho a los pocos meses se organizó con una muchachita de origen valluno que le tocó el corazón, y Tony respiraba optimismo acomodado en su nuevo oficio. Llevaba un año trabajando cuando una tarde se encontró en el molino con Sergio Domínguez, uno de sus antiguos patrones de San José.

Los paramilitares estaban en el ojo del huracán, y el Gobierno, en cabeza del Presidente, había creado el programa de Justicia y Paz, como medio para que se desmovilizaran con todas las garantías y rebaja de penas, teniendo como requisito la confesión de sus actos y crímenes. Los que se hacían de la vista gorda eran perseguidos con todo rigor y posiblemente extraditados en caso de ser requeridos por la justicia americana. Ya no solo era la pelea por una ideología sino por estar mejor posesionados para la explotación del narcotráfico. Y el movimiento había salpicado hasta las más altas esferas de la política.

Sergio Domínguez era un cabecilla de las autodefensas que

Powered by CamScanner

se había desmovilizado con anterioridad a la propuesta del Gobierno y se mantenía a la sombra. Sin embargo, la Fiscalía le seguía los pasos y en las versiones libres de los que se habían acogido al programa del Estado, su nombre había salido a relucir. Se desplazaba en un automóvil blindado, acompañado siempre por dos guardaespaldas. Sus dominios iban desde propiedades y negocios urbanos, hasta fincas de tierras cultivables y ganaderas. Frisaba ya los sesenta y era un hombre curtido y de mucha experiencia; hacía poco había sufrido un atentado del que había salido ileso gracias al blindaje de su coche y a la pronta reacción de sus escoltas. Desde entonces sabía que no solo tenía que cuidarse de los enemigos comunes, sino de las autoridades que esperaban reunir las pruebas suficientes para expedirle orden de captura.

Sergio siempre se había fijado en Tony Saldarriaga desde que lo empleó en las chagras de San José; admiraba su espíritu arrojadizo que lo llevó a ser condecorado en el Ejército, y sus deseos de independencia y de querer manejar sus propios asuntos. Era un hombre confiable del que nunca recibió quejas, y que le había aportado valiosa información de los operativos en esa zona. Se alegró mucho de verlo y pensó que era la persona precisa para lo que estaba buscando.

Le pidió que se vieran al otro día, y a las siete de la noche sin falta, estuvo Tony en la residencia de Sergio, ubicada por la vía a Acacías en una explanada rodeada de un pequeño bosque de árboles. Un hombre joven que lucía un bluyín y camisa a cuadros con sombrero y botas tejanas, le abrió el portal y lo condujo por un camino de grava a la casa, una edificación de tres plantas situada en un altillo. Cruzaron frente a un kiosco hecho de palma moriche, donde se veían varias hamacas guindadas. Del otro lado de la cerca de piedra que bordeaba el sendero, un caballo relinchó nervioso; una jauría había salido al encuentro de los dos hombres,

Powered by CamScanner

quebrando la quietud y el silencio del nocturno ambiente.

El guía condujo a Tony hasta el tercer piso de la vivienda. Sergio, sentado en un voluminoso sillón circular hablaba con una mujer que le tenía cogida las manos y lo miraba tiernamente. Esperó en el vano de la puerta y tras marcharse la mujer, Sergio lo recibió con una sonrisa y lo invitó a tomar asiento junto a él.

—He querido que viniera —dijo—, porque necesito un gran favor suyo.

Tony lo miraba atentamente y lo escuchó hasta el final, casi sin hacer pregunta alguna.

El hombre fue directo al grano: quería utilizarlo de testaferro de la mayoría de sus bienes. Él los administraría con todo el respaldo de su autoridad, como si fuese el dueño. La cosa tendría que hacerse rápido, pues a pesar de sus contactos políticos, no era mucho lo que se pudiera hacer para evitar a los sabuesos de la Fiscalía que andaban atando cabos para echarle el guante.

—Me he fijado en usted porque conozco su valía —le dijo—. Es algo en lo que yo casi jamás me equivoco. Así pues, para esto quería hablarle.

Tony Saldarriaga se sintió agasajado con las benevolentes palabras de aprecio de su antiguo patrón, un estímulo que caló en lo más profundo de su corazón. Alguien lo valoraba y lo tenía en cuenta como persona, depositando en él una gran confianza. Tal vez esta era una oportunidad única que no debía desaprovechar. Sergio se dio cuenta la cara de satisfacción de su pupilo cuando dijo sin ambages:

—Estoy a su disposición y para mí es un honor ser su garante.

Powered by CamScanner

5

Los investigadores nunca pudieron establecer a ciencia cierta las causas de la siniestrada avioneta en la que venía Sergio Domínguez con sus guardaespaldas y otros pasajeros en la ruta San José-Villavicencio. El hecho ocurrió quince minutos después de haber despegado del aeropuerto en un abrupto sitio de la selva amazónica, adonde los socorristas sólo pudieron llegar al cabo de diez días. Los restos de las víctimas fueron recogidos en bolsas y entregados a sus dolientes tras previa identificación.

Una semana después de los funerales Tony Saldarriaga se reunió con la viuda, a quien había visto la primera vez en su visita. Desde un comienzo cuando le fue presentada por Sergio, Tony se dio cuenta de la malquerencia de la mujer. Y no había que ser muy perspicaz para adivinar el porqué, pero Sergio le tenía prohibido inmiscuirse en sus asuntos, y ella lo quería y respetaba demasiado para poner objeción a lo que había hecho. Y Tony resultó ser un alumno aventajado y con la anuencia del patrón incursionó en las gasolineras. Pero su verdadero auge empezó después de la muerte de Sergio.

La viuda lo había citado a su apartamento en El Caudal a donde Tony llegó puntualmente. En resumidas cuentas lo que quería la mujer era que Tony empezara a legalizar los bienes escriturándoselos a ella.

—Creo que es su deber ahora que mi esposo ha muerto —dijo—, la devolución de todas las propiedades puestas a su nombre.

Tony con absoluto aplomo le indicó que era prudente esperar un poco más, pues la Fiscalía según tenía él entendido no había concluido del todo la investigación. En efecto, días más tarde fue llamada y sometida a un extenso interrogato-

Powered by CamScanner

rio sobre la justificación de las pocas posesiones a nombre de ella. Jaime Barragán, que por entonces trabajaba en el ente fiscal y ya se había conocido con Tony, influyó para que la cosa no pasara a mayores. La mujer entonces liberó a Tony del apremio del traspaso de los bienes, y este quedó en libertad para seguir moviéndose sin presiones. Con el tiempo, Tony la convenció de que era mejor y menos riesgoso para ella la plata sonante y contante. La viuda se lo pensó y terminó aceptando la propuesta, por lo que Tony poco a poco fue comprando los bienes.

Tony Saldarriaga sin proponérselo, había heredado una serie de conexiones para el tráfico de estupefacientes. Le quedó servido todo en bandeja de plata y sólo tenía que seguir ejecutando lo que su patrón había logrado. Pero Tony no daba visaje y andaba sin guardaespaldas y ahora la mayoría de los bienes los tenía figurando a nombre de terceros. Conoció a mucha gente y tenía contratos millonarios con el municipio, lo que le daba un cierto estatus e inmejorables condiciones de maniobra para con sus otros negocios. Fue por ese entonces que le propuso matrimonio a Carol, la joven que había conocido en sus comienzos en el condominio arrocero.

6

Veinte días antes de la boda, Miguel Rosales se encontró con Tony a la salida del banco. Era la primera vez que se veían desde San José, en que cada uno tomó caminos diferentes. A Miguel las cosas no le habían ido muy bien y su estadía en el Ejército duró menos de lo que pensaba; había retornado a Villavicencio sin encontrar nada qué hacer, hasta que le tocó emplearse en trabajos de albañilería. Era el Mi-

Powered by CamScanner

guel Rosales de siempre, hermético y silencioso que llevaba en sí una vida ordenada.

Se casó sin mucho pensarlo con una joven que conoció al poco tiempo de estar en el oficio. Empezaron a salir y solo les bastaron tres meses de noviazgo para ponerse de acuerdo y llegar al altar; con lo que había ahorrado y una pequeña herencia que recibió su mujer, se compró un furgón y se dedicó a vivir de él. Sin embargo, en un percance de tránsito la camioneta había ido a parar a los talleres casi por dos meses, y todo aquel gasto y tiempo perdido había hecho mella en la situación económica del hogar.

Vivían en una pequeña casa que se habían agenciado a través de un préstamo, y había ido al banco a pedir una refinanciación de la deuda; pero la entidad le negó esta opción y su dilema era grande. Fue algo impensado el encuentro con Tony, cuando incluso su propia mujer le había insinuado acudir donde él; Miguel empero se había negado en redondo.

—Después de tanto tiempo sin vernos, no puedo buscarlo para pedirle precisamente un favor de esos. —Y no había querido seguir discutiendo más el asunto.

Al salir del banco iba tan distraído y pensativo que apenas sí se daba cuenta por dónde andaba. Tony, quien salía a unos pasos de él, lo reconoció casi enseguida. Cuando Miguel sintió que alguien le tocaba el hombro y se volvió, su sorpresa fue mayúscula.

—¡Tony!

—Hola Miguelucho.

Entraron en una cafetería y estuvieron hablando largo y tendido, sobrecogidos por el entusiasmo del encuentro.

—Entonces ¿te retiraste del Ejército?

—Pues sí… No valía la pena seguir arriesgando la vida por tan poco.

Y así, bajo la exaltación de Tony que quería conocer todo

Powered by CamScanner

sobre su vida, le fue contando sus avatares.

—Y por este motivo, ¿viniste al banco?

Tony no cesaba de mirarlo ni de perder un detalle de su conversación.

—Pues sí…

—Y qué te dijeron.

—Pues… como suponía… me han negado… esta alternativa.

Parecía tan apocado que no se atrevía a mirar de frente a Tony, igual que un pipiolo cuando está confesando una falta ante un superior.

—¡Los bancos! —dijo Tony amargamente. —¡Qué mierda! A mí me tratan como un rey, me abren a deshoras, me ofrecen anticipos, prórrogas, en fin. Pero cuando se está en la inopia todo es diferente. Y qué piensa hacer al respecto —añadió con cara de circunstancias.

Miguel se lo explicó.

—Y si vas a vender el furgón, ¿de qué vas a vivir, Miguelucho?

—Pues de la albañilería… No es un trabajo tan malo, ¿sabes?

Y tras una breve pausa, como queriendo darle otro aire a la conversación y el síntoma de que lo suyo no era tan trascendental, infirió:

—Cuéntame ahora de ti Tony, quiero saberlo todo.

Tony dejó entrever una sonrisa y pasó a contarle algunos aspectos de su vida, haciéndole partícipe de su boda.

—Ya ves, qué feliz coincidencia —dijo—, porque nada hay mejor que estar rodeado de los mejores amigos ese día.

—Me alegro por ti Tony… Mucho.

La charla evidentemente había tomado un cariz diferente, pero a las primeras de cambio Tony, inquieto por la situación de su amigo, le averiguó por la deuda del banco. Miguel turbado por la pregunta se demoró en contestar, y al enterarse de la intención de Tony, dio una especie de respingo.

Powered by CamScanner

—Pero... No tengo tal poder de endeudamiento —soltó azorado—. ¿De dónde le voy a pagar?

Tony le hizo saber que no tenía que pagarle ni un centavo, que no era el primero que salvaba de la bancarrota a un amigo y que se sentiría muy desairado ante su negativa. Es que en el fondo Miguel Rosales se sentía un perdedor, incapaz de salir adelante por sus propios medios, acomplejado ante su propio fracaso. Sin embargo, pensando en los beneficios de sentirse liberado de aquella deuda que le quitaba el sueño, todo su orgullo cedió.

7

Miguel Rosales había salido a su caminata diaria subiendo por la vía del túnel de Buenavista y regresando a paso gimnástico por la parte de los conjuntos residenciales a Villacentro, para después tomar la avenida Cuarenta hasta su residencia, ubicada en la sexta etapa de la Esperanza. Solía enfundarse una descolorida franela verde de su antiguo camuflado, sudadera o jeans y tenis. Se había acostumbrado a esta rutina y casi siempre sacaba tiempo para realizarla en un trayecto que no le llevaba más de cuarenta minutos.

Cuando llegó a la casa empapado por la llovizna, se enteró de la llamada de Tony. Casi al momento repicó otra vez el celular y Miguel se puso al habla. Notaba a un Tony desesperado y él aceptó la propuesta dando después un juramento.

—Qué pasa —preguntó la mujer pasándole una taza de café humeante.

Miguel se arrancó la húmeda camiseta arrojándola a una silla, y tras secarse el dorso y la cara con una toalla no más grande que una bayetilla, exclamó:

Powered by CamScanner

—Tony está en un aprieto.

Sentada frente a él con las manos en el regazo, la mujer lo miraba sin comprender bien.

—Quiere que le sirva de testigo —soltó con un dejo airado—, para un asunto muy delicado. —y le explicó la situación.

Ella se quedó mirándolo sin pestañear.

—Qué va a hacer.

Y lo miraba sorber el café con un aire tan serio como no le había visto antes.

El fiscal se llamaba Luis Avellaneda Tocancipá. Era un jurista de rasgos mestizos, todavía sin llegar a los cuarenta y con más de diez años en ejercicio. Solía llevar los casos con mucha rigidez, y Barragán conocía muy bien esa actuación meticulosa de no dejar cabos sueltos. Cualquiera que no lo conociese, diría que nunca hubiese tenido un pecado de cohecho. Estaba casado con una joven que había conocido en la universidad como alumna de su cátedra, y tras casi cinco años de matrimonio se sentía consolidado en su hogar.

Tal como estaba previsto, a las tres de la tarde se dio inició a la audiencia; era la primera vez que Tony se encontraba en el banquillo de los acusados y sabiendo de antemano que su actuación iba a hacer de mala fe, trataba de mostrarse lo más sereno posible a pesar de la inquietud que le embargaba. No era fácil mentir y encochinar a alguien, a un pobre diablo como su amigo que estaba esperando que él, Tony Saldarriaga, le aclarara al fiscal su inocencia en el asunto. Pero ¡qué rayos! El destino le había mandado un salvavidas y como un náufrago se aferraba a él para ponerse a salvo. Muchas cosas estaban en juego y muchas cosas se podían perder, y para él en este momento todo era justificable. Qué se le va a hacer, el mundo es de los vivos, de los que saben

Powered by CamScanner

salir del atolladero. Él era un ser domesticado, hecho para el servilismo de los otros, y cuando había buscado fortuna no la había encontrado, de pronto ella vino a sus manos y entonces encuentra el confort de la vida. Y se dio cuenta que era demasiado bueno como para echarlo ahora todo por la borda. No, así le doliera en el corazón, era preciso vender la carne de su inocentón amigo.

8

Jaime Barragán lo había puesto al tanto sobre las formalidades de la indagatoria, que el fiscal antes de iniciar le clarificó en ese sentido sobre todas las generalidades de ley.

—¿Nombre?

—Tony Saldarriaga.

—¿Edad?

—Treinta y dos años.

—¿Estado civil?

—Unión libre.

—¿Hijos?

—No.

—¿Ocupación?

—Comerciante.

—¿Ha sido procesado?

—No.

Tony sentía las manos heladas y la boca reseca; el rostro serio e inescrutable del fiscal que a cada pregunta lo observaba a veces con cierto detenimiento, aumentaba su adrenalina.

—Según el informe —dijo el magistrado después de repasar el folio que tenía al frente—, en su vehículo, identificado

Powered by CamScanner

con placas SWE 341, el día quince de agosto del dos mil..., fueron encontrados por la policía en un retén móvil tres kilos de alcaloide empaquetados en bolsas de polietileno en un maletín en el asiento trasero, ¿qué tiene que decir al respecto?

—No es asunto mío.

—Explíquese —dijo el representante, acentuando el tono de la voz.

—Tal y como se lo estoy diciendo, desconozco su procedencia —respondió a su vez Tony tratando de mostrarse muy natural.

—¿Estaban en su vehículo? ¿Sí o no?

—Así es.

—¿Cuál es la explicación?

—Recogí un pasajero.

—¿Tiene algo que ver con el asunto en cuestión?

—En efecto.

—¿Va usted a declarar contra él?

—Es preciso.

En este punto el magistrado le tomó juramento y le expuso las consecuencias que le conllevaría una actuación temeraria y de mala fe.

—¿En qué sitio exactamente recogió el pasajero?

Tony se lo explicó.

—¿Qué horas eran?

—Aproximadamente las 7:30 de la mañana.

—Él le hizo señas o usted se ofreció a llevarlo.

Tony dudó un momento; luego dijo:

—Llovía y...

—Limítese a la pregunta.

—Me ofrecí a darle el aventón.

—¿Lo conocía de antes?

—Sí.

—¿Recuerda en dónde?

Powered by CamScanner

—Estudiamos en la misma escuela.

—¿Sabe su nombre?

—Roberto Contreras.

—¿Se habían visto últimamente?

—No.

—¿Qué llevaba él cuando abordó el vehículo?

—Un maletín de mano.

—¿Es el mismo que se encontró en el registro del carro?

—Así es.

—¿Conocía usted su contenido?

—Cómo iba a saberlo.

—¿Confiesa que no sabía nada sobre el hecho?

—No señor.

¿Entonces usted recogió a Roberto Contreras en la avenida Cuarenta con el maletín en el que iban tres kilos de alcaloide?

—Tal y como se lo digo, sí señor.

—¿Qué pruebas tiene para corroborar lo dicho?

—Alguien vio cuando el señor Contreras abordó el vehículo con su carga.

—¿Quién es ese alguien? —inquirió Luis Avellaneda con su talante imperturbable después de abrir un volumen al parecer de procedimiento penal y subrayar algo con su estilógrafo que volvió otra vez pausadamente al bolsillo de la camisa.

A Tony le chocaba ese aire indiferente y tranquilo del magistrado y su voz hueca que se escuchaba como un eco en la estancia.

—Miguel Rosales —dijo.

—¿Está dispuesto a declarar?

—Eso creo, por supuesto que sí.

El interrogatorio se extendió por cuarenta minutos más haciendo hincapié sobre todo en el deponente, al que se le citaría al día siguiente para recibirle declaración.

Powered by CamScanner

9

Roberto Contreras fue conducido por dos agentes hasta el cuarto para reconocimiento por parte de un testigo. Allí había otras cinco personas más de condición morfológica similar a la suya, y se le pidió que podía escoger un lugar libremente en la fila; luego fue llevado nuevamente a la celda, esperando ansiosamente la llegada de su defensor.

En efecto, Miguel Rosales había rendido declaración juramentada incriminando directamente a Roberto. Luis Avellaneda, el fiscal, hizo las averiguaciones correspondientes y sacó la conclusión de que el declarante sí había estado en lugar de los hechos. Lo último fue el reconocimiento donde el deponente vivió una situación difícil. De hecho Miguel Rosales no se sentía bien por la práctica que estaba llevando a cabo. La noche anterior no había podido conciliar el sueño y se durmió ya en la madrugada, pensando en esa situación apremiante de hacer algo en contra de su voluntad, de sus principios. No, no le gustaría que alguien lo incriminara a él de esa manera infame y condenarlo por un delito que nunca cometió. Se había levantado de mal humor, pensativo y distante.

Barragán le afiló bien las espuelas y se le vio suelto en su testimonio. Sin embargo, en el momento de señalar al sindicado, su silencio se hizo notorio. No fue porque le costara trabajo identificar al acusado que casi desde un principio logró fichar por ser el único con hoyuelo visible en la barbilla y de cara más atribulada, sino porque por espacio de eternos segundos quedó como inmerso bajo el peso de su conciencia. Por un momento Barragán pensó que se iba a echar todo a perder. La situación fue por demás tensa, pero al final, antes de ser apremiado por el ente judicial, el deponente señaló al sindicado con exactitud.

Powered by CamScanner

10

Roberto Contreras, soltero y empleado bancario de no más de treinta años, era considerado por su cofradía como un hombre serio y responsable. Callado y de vida moderada y sana, la noticia de la detención por sospecha de posesión de tres kilos de alcaloide, los desconcertó a todos en general.

En efecto, Tony Saldarriaga había recogido ese día hacia las siete de la mañana a Roberto, que esperaba el bus para ir al trabajo. Estaba ahí distraído bajo la incesante lluvia, cuando una camioneta Toyota se parqueó frente a él. Desde adentro al bajarse lentamente el vidrio de la ventanilla, vio un rostro que le sonreía. Roberto enseguida reconoció a Tony, quien se ofreció a llevarlo.

Durante todo el trayecto Tony no cesaba de hablar, dándose ínfulas de inversiones millonarias y contratos con el municipio. Roberto sólo se limitaba a escucharlo, aunque sabía de oídas que Tony se había hecho millonario de la noche a la mañana, y que su fortuna era de dudosa procedencia. Se habían conocido de chicos en la barriada, asistido a la misma escuela y compartido juegos y travesuras. Allí junto a un Tony relajado, conduciendo una camioneta de marca que él no podría comprar con todo su sueldo de más de cinco años, sentía un cosquilleo parecido a la envidia, reptarle por dentro.

La lluvia había cesado ya por completo y la mañana lucía fresca y recién enjuagada. Al llegar a la parada del semáforo antes de Unicentro, Tony abrió la guantera, sacó un legajo de papeles, dos mazos de billetes y los acomodó sobre las piernas. Revisó cada uno de los fajos, ojeó ligeramente los papeles, y volvió a dejar otra vez todo en la guantera cerrándola. Roberto hacía ya un buen tiempo que no lo había vuelto a ver, si acaso saludos ocasionales cuando Tony iba

Powered by CamScanner

a la entidad bancaria. Ahora allí junto a él escuchando su perorata, se había enterado de su casamiento. Roberto le hizo saber que se alegraba mucho por el acontecimiento.

—Y usted qué chino Contreras, cómo marchan las cosas.

Roberto que recién había sido ascendido y estaba ya por pagar la hipoteca de la casa, vislumbraba el futuro con cierto aire de optimismo.

—Pues ahí… en la lucha —se limitó a decir.

Una de las características de Tony era su buen humor y charlatanería. Iba vestido impecablemente con jean y camisa blanca de seda y un Rolex resaltando en la muñeca. Ahora hablaba del director de la escuela donde habían estudiado. Decía haberlo visto en la calle envejecido y apoyado en un bordón, caminando casi a tientas como un invidente.

—Créame chino Contreras, se me encogió el alma verlo tan aporreado por los años. Creo que la vejez mirándola de esa forma, más que una bendición del cielo es una mortificación.

Roberto siempre al margen, guardaba silencio.

—Recuerdo que en una ocasión —continuó—, estuvieron a punto de cancelarme la matrícula. El director nos trataba como a cadetes militares, ¿recuerda? Cuando nos llamaba al orden a su despacho, allí detrás del escritorio, alto, corpulento, con su olor a naftalina que llenaba el ambiente, y la regla a un lado del escritorio para castigar con un golpe seco en la palma de la mano, era para cagarse de miedo. Sin embargo, uno no escarmentaba. Pues resulta que al salir a recreo un chico me desafió a patear el balón. El que lo lanzara más lejos ganaría la apuesta de un refresco. Yo, ni corto ni perezoso, salté al ruedo, pero un momento antes de golpear el esférico, me percaté de que la pelota tenía disimuladamente dentro un gran pedrusco. Entonces al no caer en la trampa, a mi vez desafié a otro alumno que se arrojó sobre el balón y lo pateó con toda el alma, yéndose de bruces al suelo…

Powered by CamScanner

En esas estaba cuando le sonó el celular. Fue una llamada corta, sin dilaciones, y su voz se hizo un murmullo en la que Roberto sólo percibía el siseo de la voz, pero aún con esa media sonrisa suya colgando de sus labios como una mueca.

—Bien, chino Contreras, ¿en dónde íbamos? —exclamó, reanudando la cháchara—. Ah… ya, pues sí… al patear el balón cayó de bruces sobre el suelo, gritando y retorciéndose de dolor…

Roberto, que contagiado por la hilaridad de su amigo seguía atento el hilo de la conversación, vio de pronto ensombrecerse el rostro de Tony.

—¿Qué pasa?

Roberto, notó que toda la atención de Tony estaba puesta en el retén móvil de la policía. En efecto, tras el cruce del puente elevado adelante de Unicentro, un piquete de policías detenía el tránsito. Seleccionaban uno que otro vehículo, los hacían estacionar y los revisaban de forma exhaustiva. Cuando Tony pasó frente a ellos, un policía se quedó observando la camioneta y le hizo señas que se detuviera. El maletín en el que iban camuflados los tres kilos de alcaloide en bolsas de polietileno, estaba a ojos vista en el asiento trasero del vehículo.

II

Roberto no aceptó los cargos y el fiscal ejecutó la resolución de acusación en su contra, siendo trasladado a Casablanca a la espera del juicio.

Por su parte, Jaime Barragán en conciliábulo con el fiscal obtuvo la libertad condicional de su defendido tras sentencia absolutoria. Tony firmó el acta de compromiso y salió a

Powered by CamScanner

gozar de su libertad inmediatamente. Diez días después se casaba con una celebración en grande en un club campestre de uno de sus testaferros; había muchos invitados, gente del común y algunas personalidades de cierto rango político que trataban a Tony. La absolución en el reciente proceso había sido vital, y Tony seguía manteniendo sus nexos. Se había arreglado una platea especial para la orquesta que no cesaba de tocar ritmos tropicales, y los meseros vestidos de negro con blusa blanca y corbatín, maniobraban en medio de la multitud repartiendo bebidas y sainetes. A la sombra de una ceiba se preparaba el plato típico conocido como «Carne a la llanera». Dos hombres en mangas de camisa y sombrero y cuchillos al cinto, doraban la carne al calor de las brasas que ardían a fuego lento. Tony se había acercado y enseguida uno de los hombres, haciendo un tajo preciso con su cuchillo, extrajo una loncha de carne que cortó en trozos y sirvió a Tony en un plato desechable.

Tony atacaba el plato a la sombra de unos naranjales y limoneros, cuando se le acercó Barragán con una fría cerveza de lata en la mano.

—No veo a Rosales entre los invitados —dijo, sentándose en una especie de tocón pintado de blanco, como el resto del tronco de los árboles—. Parece que un bicho raro lo hubiera picado. No sé…, ya le conté el susto que me hizo pasar en la prueba de identificación. Y ahora anda como retraído… aislado.

—Solamente es un poco tímido —dijo Tony rematando el último filete de carne—. Si supiera cuánto me costó para que aceptara sacarlo del barro.

—Cuándo fue la última vez que lo vio

—En el taller, le hacían un retoque a su cacharro.

—Pero no le parece extraño —espetó Barragán—, que no haya venido a su boda.

Powered by CamScanner

—No deja de serlo —aceptó Tony mirando un indeterminado punto en el suelo mientras chupaba sus dientes y se limpiaba las manos con una servilleta; luego, poniéndose en pie razonó —a lo mejor se encontraba indispuesto; y Jaime lo vio alejarse sin motivo alguno de preocupación. Entonces dando una última calada a su cigarro, lo imitó adentrándose en el corazón de la fiesta.

12

Miguel Rosales no había asistido a la boda de Tony no propiamente por que se sintiera enfermo. Todo se relacionaba con la crisis que se había producido en su conciencia, desde la declaratoria como deponente en la causa que tenía libre a Tony. La cara de aquel pobre hombre que él había logrado identificar y que fue clave para las aspiraciones de Tony y su abogado, le parecía a toda hora tenerla delante de sus ojos, sintiéndose atormentado por el remordimiento.

En la noche no podía conciliar el sueño y a veces tenía pesadillas. Cierta vez despertó tan agitado que se sentó en el borde de la cama con la cabeza aprisionada entre sus manos. El sueño que había acabado de tener era por demás revelador: surcaba él un sendero por un campo abierto, cuando de pronto un golpeteo seco y constante proveniente de lo alto de un terraplén flanqueado de árboles, atrajo su atención; entonces desviándose del camino, se adentró por una trocha hasta lo alto del bosquecillo. Allí vio en un amplio claro dos soldados romanos acuclillados en torno a un madero en el que yacía un hombre semidesnudo. Asentaban sus manos a la cruz, golpeando en forma rítmica los clavos con pesadas macetas. La escena lo dejó de piedra, pero caminó

Powered by CamScanner

con decisión hacia ellos mordido por la curiosidad.

Lo primero que vio fue la cara de dolor del inmolado que al instante reconoció como la de Roberto Contreras.

—¡Por favor, haz algo! —soltó este enseguida, mirándolo con una expresión de súplica.

No había acabado de pronunciar estas palabras, cuando los dos centuriones lo voltearon a ver. Fue tan fulminante el hecho, que Miguel Rosales despertó de manera abrupta. Aquellos dos soldados que se aplicaban en la crucifixión eran el abogado y Tony.

Pasó el resto de la noche en vela con las imágenes oníricas vivas en su mente, pareciéndole escuchar la voz angustiosa de socorro del condenado. Sentía que sí no hacía algo al respecto se iba a volver loco, pero los caminos parecían todos no conducir a ninguna parte. Resarcirse de lo hecho confesando la falta, significaba traicionar al amigo a quien había empeñado la palabra; de otra parte el cargo de conciencia lo abrumaba lo indecible, experimentando el peso de la fea acción adonde quiera que fuese. ¿Qué hacer? ¿Por qué no había sido lo suficientemente fuerte de carácter para desde un principio haber rechazado la propuesta indignante?

La mujer lo miraba deambular abstraído, hablando consigo mismo, sintiéndole de noche en la cama sin poder dormir, y mascullando a veces maldiciones. Ella sólo callaba y lo miraba desmoronarse en medio de la terrible encrucijada.

—Qué haría usted en mi lugar —le dijo una mañana al levantarse con los ojos hundidos por el desvelo.

La mujer se quedó mirándolo y lo que dijo sentía que salía del fondo de su corazón.

—Haría caso al dictamen de mi conciencia.

Miguel Rosales sonrió con amargura:

—Ay mujer, qué fácil es decirlo, qué difícil es hacerlo.

Powered by CamScanner

13

Veinte días llevaba en la penitenciaría cuando el abogado vino a verlo. Sólo veinte días y para Roberto era una eternidad. Allí adentro no hacía más que pensar y pensar, dándole vueltas y más vueltas a su triste situación. Tantas cosas le afligían, tantos entremezclados sentimientos de odio, miedo..., incertidumbre, que era como para volverse loco.

Ese día la llegada del abogado poco interés despertó en Roberto. Había perdido ya la confianza en él, no extrañándole que también estuviese con la conciencia vendida. A lo mejor, pensaba, venía a proponerle otra vez que se acogiera a sentencia anticipada. Desde el comienzo le dijo que al estar todo en contra de él, una confesión le traería rebajas de pena hasta de unas 2/5 partes. Roberto sin embargo no había querido acceder, sosteniéndose en su inocencia.

—Pero, ¿no se da cuenta de la verdad? Yo soy un pobre diablo que no tengo dónde caer muerto —le había dicho con una inflexión quebrada en la voz—. ¡Soy un empleado! ¿Entiende? Nada más que eso. Lo que le he dicho es la verdad. ¡Créame! Nada tengo que ver con lo que me achacan. ¡El testigo es amañado, falso...!

El caso es que cuando entró a la sala de entrevistas, Roberto lo aguardaba con poco ánimo. El jurista se llamaba Alfredo Miranda y era el cuarto o quinto caso en importancia que le asignaban desde su graduación hacía apenas unos meses en la sexta promoción de abogados de la UNIMET. Podría tener la misma edad de Roberto, pero su rostro imberbe le daba un toque más juvenil. Tan pronto como se sentó le indicó que tenía buenas noticias, y pasó a explicarle que el deponente se había retractado.

—Falta ver lo que diga Tony —dijo—, pero en todo caso

Powered by CamScanner

el testigo ha quedado en entredicho.

Roberto lo miraba sin podérselo creer, sorprendido por tan inesperada noticia.

—¿Cuándo sucedió?

—Ayer en la tarde

—Qué cree que hará Tony.

—Eso lo sabremos en muy poco tiempo —especificó, poniéndose en pie—, pero no veo sinceramente qué pueda hacer.

—Y qué va a pasar conmigo.

—El asunto ha dado un giro inesperado —dijo—. Ahora todo empieza a clarificarse a favor de usted.

Cuando dos días después se le notificó que Tony había aceptado la inculpación, Roberto entendió sin duda que estaba a unos pasos de salir de su infierno, enterneciéndose hasta las lágrimas.

14

—

La noticia de que el deponente se había retractado de lo dicho causó revuelo, y ese día en la noche Barragán visitó a Tony, quien no podía creer lo que estaba sucediendo.

—Recuerda lo que yo le decía —alegaba Barragán—, que el tipo andaba todo raro.

Tony apenas si articulaba palabras.

—Esto es el fin —dijo como hablando consigo mismo.

—Deberíamos intentar algo.

—¿Como qué?

—Presionar a ese hijo de perra para que diga en últimas que recibió amenazas contra su vida, y que esto lo llevó a desmentirse.

Estaban los dos solos en el despacho y cuando callaban

Powered by CamScanner

se podía percibir el tic-tac del reloj de pared en medio del cortante silencio.

—Yo voy a poner punto final a todo entregándome —dijo de pronto Tony con el rostro descompuesto en un rictus nervioso—. He cometido errores, errores imperdonables.

—De eso no cabe duda —dijo a su vez Barragán alterado.

—Necesito que me acompañe a la Fiscalía.

—¿Pero es que no se da cuenta de la situación? No solamente usted está encochinado sino yo también. Me han filtrado información del testimonio de su Judas, que comenta que yo era consciente de todo desde el comienzo. Puede ser el fin de mi carrera, ¿entiende?

—Yo me responsabilizaré de todo —acotó Tony con la boca reseca como si estuviera viviendo el furor de un guayabo.

—¡No basta con eso, ¡por Dios Tony!

—Discúlpeme por haberlo enredado también a usted —fue lo único que atinó a decir al ver la atribulada cara del abogado—. Si no fuese por mi familia acabaría con mi vida ahora mismo.

Barragán, que ya iba por el quinto cigarrillo en menos de un cuarto de hora, lo miró con desdén y compasión al mismo tiempo mientras soltaba una bocanada de humo.

—Yo lo dejo —dijo levantándose para irse—. El tal Miguel Rosales es un pobre diablo domesticado, bastaría presionarlo para que..., en fin.

Tony lo vio marcharse tan destrozado como él, y quedó solo en la estancia deseando que se lo tragara la tierra. Pensaba en la familia y en tantas oscuras cosas, que sentía un sudor frío exudar por toda la espalda. Dejó escapar un juramento y soltó un tremendo puñetazo sobre el mueble. La posibilidad de suicidarse cruzaba constantemente por su cabeza. Toda la noche la pasó encerrado en el despacho sin dormir apenas. No cejaba de discurrir y meditar encon-

Powered by CamScanner

trándose siempre como único culpable. Ahora curiosamente pensaba en su humilde vida, cuando era un don nadie anónimo con los apremios y necesidades como los de cualquier otro, pero relativamente feliz en su entorno. No, no quería intimidaciones ni represalias. De pronto era consciente de todo el daño que había causado y quería reparar esas faltas hasta donde él pudiera. Se sorprendía de lo bajo que había llegado obnubilado por la vanidad de un poder que le llegó de golpe y que él había querido conservar a toda costa de la forma más baja y ruin.

Recordaba el momento en que se había encontrado con Miguel Rosales en el banco. Sí, lo había sacado del atolladero y en un momento fortuito le había salvado la vida, ¿y luego qué? Le cobró por ventanilla arrastrándolo hacia él en su inmoralidad y perjurio. ¿Acaso no tenía razón al no poder soportar la cruel carga que le había echado encima? Mientras que él actuaba como un gusano, Rosales había demostrado tener conciencia.

Tal como lo había decidido la víspera, ese viernes se presentó a la Fiscalía. Durante cerca de tres horas estuvo rindiendo versión de los hechos, siendo trasladado ese mismo día por agentes del CTI a Casablanca.

15

Hacia las tres de la mañana lo despertó la sensación de una fuerte opresión en el pecho, y un dolor agudo que experimentaba se iba irrigando hacia el costado de su brazo izquierdo. Cuando abandonó la casa de Tony ya se sentía mal y lo único que hizo al llegar al apartamento fue tragarse un par de aspirinas para la jaqueca; después sin quitarse la ropa, se había

Powered by CamScanner

tendido en la cama y quedado dormido.

Jaime Barragán vivía solo desde hacía más de ochos años en que se había divorciado. Su mujer prácticamente lo dejó y formó toldo aparte; del matrimonio había quedado una hija que vivía con su madre, quien impartía clases en la Universidad de los Llanos y estaba por pensionarse. La chica que había optado también por la carrera de leyes le hacía esporádicas visitas a su padre, y se podría decir que la relación entre ellos era normal. Jaime siempre se acordaba de su onomástico y en cada fecha tenía un detalle para ella. Con su ex mujer el trato era distante, frío, sin posibilidad de ningún acercamiento.

Yaciente en la cama en medio de la oscuridad con el dolor que sentía le iba paralizando la pierna izquierda, se levantó como pudo, bajó cojeando a la primera planta y pasó directo al garaje. Apenas sí podía conducir y haciendo un esfuerzo supremo llegó a la clínica Martha. Lo atendieron de inmediato, le aplicaron un par de inyecciones y en menos de un cuarto de hora estaba monitoreado en un cuarto de rehabilitación, con un médico a la cabeza de un grupo de enfermeras.

—Está sufriendo un síncope cardiaco —le hizo saber el galeno—. Trate de tranquilizarse..., hizo muy bien en venir.

Treinta minutos después el dolor había empezado a ceder, durmió, y cuando despertó estaba solo, rodeado de aparatos y con una mascarilla que le aprisionaba el caballete de la nariz.

16

Miguel Rosales se encontró con Tony a eso de las nueve de la mañana en la cancha de fútbol. Cuando lo vio acer-

Powered by CamScanner

carse por la gramilla, mermó su calistenia queriendo echar a caminar y huir de su presencia. Dos guardias con sus porras en la mano vigilaban de cerca. Toda una serie de sentimientos encontrados bullían en el corazón de Miguel, desde enojo hasta pena y conmiseración. Tony se acercó con la cabeza gacha a paso lento y al llegar junto a él se quedó mirándolo cariacontecido.

—Por qué lo hizo —exclamó casi en un susurro.

—Lo siento Tony, desde un principio debí haber dicho que no, ahora estoy también pagando el precio de ese error.

Miguel trató de hablarle lo más firme y sereno posible, entendiendo en el fondo que tarde o temprano iban a tener esta confrontación.

—He pensado muchas cosas —dijo Tony sin mirar directamente a su interlocutor—. Por ejemplo, en dar la pelea y morir con las botas puestas.

Rosales, de pie ante él con los brazos en jarra y todavía sudoroso por el ejercicio, lo observaba de soslayo. Era tan comprometida la situación que no hallaba la hora de estar en su celda, o en cualquier lugar, fuera de la presencia de su amigo.

—Pero sabe qué… —continuó Tony en el mismo tono apagado de voz—. Toda una noche estuve sin pegar ojo dándole vuelta a los hechos, y no debo culpar a nadie más que a mí.

Rosales siempre expectante lo miró callar de pronto y posar la mirada en la lejanía, más allá de los límites del campo de fútbol donde empezaba los lindes de la arbolada.

—Esto quería comentarle Miguelucho —dijo al rato volviendo de su ensimismamiento—, y que sepa que no guardo ninguna clase de inquina contra usted.

Se dio la vuelta y echó a andar con paso cansino por la gramilla, la cabeza inclinada como la de un rocín bajo

Powered by CamScanner

el abrumador peso de su fardo. Rosales impactado por el dramático encuentro, se fue hasta su celda y se tendió en el catre sintiendo que se le aguaban los ojos.

17

Fue al otro día de haber recobrado la libertad que Roberto Contreras se enteró de la muerte de Tony. Eran las siete de la noche y ya casi había acabado de comer, cuando por la televisión en un boletín extra anunciaron la noticia. El presentador informaba que había sido apuñalado en medio de un tumulto de presos al formarse un conato de pelea a la hora de la recogida; explicaba que según las primeras averiguaciones nadie vio quien ejecutó la acción criminal, y que aunque fue trasladado de inmediato a un centro clínico, una hora después fallecía a causa de la mortal herida.

La noticia no dejó de impresionarlo.

En una ocasión, estando en el centro penitenciario había querido acercarse hasta donde estaba, pero Roberto había eludido su presencia. Suponía que quería conversar con él..., contrito, pero no le había dado esa oportunidad. A veces lo veía deambular, pensativo, cabizbajo, llegando a sentir pena por él. Imaginaba muchas cosas, pero nunca que fuera asesinado en la misma cárcel por algún urdido complot; su muerte ponía fin ahora a todo y él trataría de olvidar aquel amargo capítulo de su vida.

Powered by CamScanner

18

Tony Saldarriaga estaba sentado en un banco del campo de fútbol, aislado de todos como era su costumbre. Indudablemente el Tony de ayer no era el de hoy, sumido en el pantano de sus tristes reflexiones.

Ni siquiera se percató o prestó atención de la pelea que se estaba gestando frente a él, en la gramilla de la cancha. Solo pensaba y pensaba como un hombre que calcula su destino en medio de la tormenta; un preso perseguido por otro en una endiablada carrera había resbalado, caído y vuelto a levantar, encarándose con su perseguidor que blandía un palo de escoba en la mano, amenazante. Pronto se fue aglutinando alrededor de ellos el resto de todos los del patio, entre risas y burlas de algunos.

Nuestro hombre pensador apenas sí se daba cuenta de lo que sucedía; fue en el momento en que los guardias con sus porras en la mano corrían hacia el sitio de la reyerta, que en la confusión alguien cobró la vida de Tony hundiendo una hoja de acero en su vientre. La víctima, que entonces por fin se había levantado del banco ante la aglomeración, emitió un quejido, se llevó instintivamente las manos al abdomen, se dobló y cayó de rodillas.

El primero que llegó corriendo a su lado fue Miguel, pálido y mareado por el drama.

¡Vamos, rápido, alguien que ayude, una camilla! —se alzó su voz desesperada allí junto a su amigo agonizante, igual que la tarde que se iba apagando con las últimas luces del crepúsculo.

Yaciente, de espalda sobre la gramilla, Tony sentía la flaqueza del cuerpo, percibiendo que todo en él se extinguía paulatinamente.

Powered by CamScanner

—Tengo frío —dijo en un hilo de voz

La sangre había empapado parte de la camisa y la bragueta del pantalón y se escurría hasta la hierba formando oscuras manchas.

—¿Quién fue, Tony? —Miguel lo contemplaba inclinado sobre él, con el rostro descompuesto por la angustia y el coraje.

—No lo sé —dijo Tony apenas moviendo los labios, la mirada ida, desvanecida—. Pero ya… poco importa… Miguelucho.

—¡Puta vida! —soltó Miguel, mientras miraba cómo lo subían a la camilla y corrían con él hacia la ambulancia que esperaba afuera.

19

Un hombre enfermo necesita unas manos generosas que lo cuiden y le prodiguen amor… comprensión. Jaime Barragán, convaleciente en su apartamento añoraba las esporádicas visitas de Nancy, su hija. El tiempo se le hacía tan lento, la soledad tan insoportable, que cada día desesperaba más. Había tenido que contratar los servicios de una mucama y se sentía un inútil postrado en su lecho; la sola bajada de la escalera a la primera planta era un martirio y lo dejaba exhausto.

Recibía muy pocas visitas. Uno que otro colega que se aterraba de su delgadez y decrepitud. Estaba acostumbrado a dar duras batallas en los tribunales, pero esto era distinto, una nueva faceta, una lid en una arena completamente diferente. «Sobre todo, no vuelvas a fumar», le había dicho el doctor entre las tantas recomendaciones. Y esto era tan duro para él como prohibirle volver donde la mujer amada. La ansiedad lo atenazaba…

No solo era todo esto sino lo que le esperaba afuera…,

Powered by CamScanner

con la implicación de haber manejado un testigo falso. Y Tony muerto… no podría terciar a su favor. Nunca antes había estado en una situación semejante: su carrera comprometida…, su salud naufragando. Sí, la vida era buena hasta cuando dejaba de serlo…

Dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos y rodaron por sus mejillas, sintiéndolas tan ardientes como si por dentro tuviese un volcán. Pero se tranquilizó, como si el llanto lo hubiera redimido un poco. Cuando hizo su arribo, Nancy lo encontró dormido en la poltrona, con la cabeza ladeada y un hilillo de baba escurriéndole de la comisura de los labios sobre el hombro. La joven lo cubrió suavemente con una manta y algo parecido a la piedad ensombreció su corazón.

20

«Aquí terminan las vanidades del mundo», rezaba a la entrada en el arco del cementerio. Anastasia se persignó. A un lado, sobre un pedestal de piedra caliza se levantaba la figura de un ángel tocando la trompeta del llamado a juicio. La tumba de Tony Saldarriaga estaba al final de un húmedo corredor, franqueado a la derecha por una larga tapia y a la izquierda por un terreno donde la hierba y la enredadera crecían cerniéndose sobre las fosas. Un albañil con una carretilla de la que iba sacando mezcla, sellaba una bóveda donde recién había ingresado un huésped. El olor a detritos y tierra revuelta llenaba el ambiente.

Anastasia cambió las flores marchitas de la tumba de su hijo y puso el manojo de rosas que había comprado a la entrada del camposanto. Después de un mes de la muerte de Tony seguía guardando un luto riguroso. Cada lunes hacía

Powered by CamScanner

lo mismo, sin falta, procurando que el sepulcro estuviese siempre limpio y con flores frescas. Esa tarde cuando abandonaba el cementerio, vio que un visitante se acercaba a la tumba de Tony. Estuvo observándolo a prudente distancia hasta que se marchó.

Era Roberto Contreras. Sólo lo había visto la primera vez que visitó a Tony en la cárcel, quien le comentó la imposibilidad de hablar con Roberto, de pedir que lo escuchara.

—Es lo más sucio que he hecho en mi vida, madre, y sé que nunca me llegará a perdonar.

Anastasia, que sabía que su hijo estaba arrepentido de todo el mal hecho, que estaba dispuesto a pagar por sus errores, era también lo que más hubiese querido. Pero Roberto lo evitó. Por eso, verlo visitar la tumba de Tony fue para ella toda una novedad. Novedad que en parte reconfortó su atribulado corazón.

Powered by CamScanner

Destinos

Powered by CamScanner

‹Mañana, por más que lo tenga proyectado,
en realidad no tengo idea dónde estaré›.

A mi abnegada y dulce madre.

Powered by CamScanner

El avión despegó a las cuatro de la tarde. Yo me dirigía a Colombia después de haber estado cerca de tres años en España, como uno de los tantos inmigrantes latinos que sale a buscar fortuna fuera de las fronteras de su país.

España es un país hermoso con una historia rica en matices, cuya influencia en rigor nos ha cobijado. Sí, fuimos colonizados recibiendo como un hierro candente la marca de la Madre España.

Viajar, salir del país más allá de sus horizontes en busca de un mejor porvenir, es la ilusión y el sueño de muchos. En realidad nada me retenía aquí en Colombia, a excepción de una madre siempre buena que esperaba lo mejor de su hijo; así, en un agosto luminoso del año de 1994, me vi en el consulado de España gestionando visa para viajar.

Llegué a Madrid con otro grupo de latinos, y a los dos meses tuve la suerte de ser enrolado en una de las granjas agrícolas en las huertas de la municipalidad de Aranjuez. No tenía la experiencia de trabajo en horticultura, pues mi labor se había limitado todo lo más a funciones de oficina como auxiliar contable y de archivo, pero me defendí sin ningún problema; estuve también de mesero en un restaurante ubicado en los alrededores del Museo del Prado, y por último como conserje en la vecindad de Torrejón de Ardoz. Este fue a grandes rasgos mi periplo realizado por España, después de lo cual deseé volver a Colombia.

Powered by CamScanner

*

A las cuatro de la tarde despegamos del Aeropuerto Internacional de Barajas. Iba yo en la parte trasera del avión y confieso que hasta que no tomó altura y se estabilizó en su rumbo, no afloje mi cuerpo encogido en la silla por la tensión. La primera escala estaba programada en el aeropuerto londinense de Gatwick y hacia las 6:20 el avión tomó pista.

Un tanto amodorrado al abrir los ojos, vi por el corredor de la aeronave una mujer de singular belleza: alta y delgada y con el pelo perfectamente cepillado, parecía una modelo salida de las pasarelas londinenses. Mirando a derecha e izquierda caminó hasta la cola del avión y descansó su grácil cuerpo en la silla a mi lado. Me dirigió un frío saludo de cortesía y se arrellanó en la poltrona estirando sus largas piernas. Vestía falda azul y blusa blanca y tenía el suave color de la miel y sus ojos eran indefinibles entre grises y oscuros: en mi vida había visto una mujer más hermosa; pronto se concentró en una revista que estuvo ojeando aún después de que el avión despegó.

Abandonamos Londres a las 7:30 de la noche, y una hora después todo hacía suponer un viaje normal, tranquilo, con los cielos en total calma. La bella muchacha a mi lado dormía con la paz en el rostro de una Madona. En verdad la mayoría estaba aletargada y yo me contaba entre los pocos que se mantenían despiertos, pues no dejaba de estar tenso e inquieto. Cuando sirvieron la cena me dio ánimo el resucitar de la gente y vernos otra vez integrados aunque sea para comer. Yo estaba deseoso de dirigirle la palabra a mi bella vecina que apenas sí comió y bebía plácida una copa de vino. Pero a mis cuarenta años seguía con la timidez que siempre me ha acompañado, además de que la joven daba la impresión de una fría indiferencia. Con mi poco carisma para despertar el encanto de una fémina, haciendo un gran

Powered by CamScanner

esfuerzo le dije por fin:

—¿Viaja usted a Colombia?

Mi voz salió destemplada, gutural y algo ininteligible, porque volteándose a ver como si la hubiese tomado de sorpresa, respondió:

—¿Cómo?

Al ver su límpido rostro el azoramiento creció aún más en mí y carraspeando un tanto, repetí:

—¿Viaja a Colombia?

—No, me quedo en Caracas —sonó su voz suave y clara.

Soy un tonto para decir cumplidos y casi nunca los digo, por eso yo mismo me sorprendí cuando sin preámbulos me vi diciéndole a la joven:

—Señorita, es usted realmente muy hermosa.

Su rostro se iluminó con una sonrisa tan pura que me hizo recordar los comerciales de los dentífricos.

—Gracias, muy amable —dijo.

Y acabada su copa se acomodó otra vez en la poltrona, girando su cabeza dispuesta de nuevo a dormir; limitado resultó pues el intento de diálogo con la beldad, del que sólo me quedó el destello de su sonrisa fácil.

Otra vez en medio de la quietud me sentí aislado, solo. Cerré los ojos para intentar dormir, pero sabía que era inútil; de pronto me entró como un sentimiento de tristeza y un descontento por la vida y por lo que había hecho hasta ahora. La desesperanza como negra ave aleteaba sobre mí. Creía que a mi edad sin ningún hecho concreto el futuro me era demasiado incierto. ¿Qué me esperaba en realidad en Colombia? ¿No era ya hora de organizarme como todos los demás? Sentía que la vida tenía ya poco por ofrecerme, y que por otra parte me estaba quedando solo como una ostra.

Imbuido estaba en estos oscuros pensamientos cuando el avión se zarandeó fuertemente. Fue algo tan inesperado, tan

Powered by CamScanner

violento, que la mayoría empezó a dar voces de alarma. La aeronave había perdido su línea de vuelo, se inclinaba bruscamente hacia el ala izquierda y perdía altura sin lograr estabilizarse. La azafata trataba de mantener la calma y ordenó abrocharnos el cinturón, indicando que el avión estaba sobre una zona turbulenta y que los pilotos ya pronto corregirían el curso de la aeronave; empero, la situación era más delicada de lo que decía la rubia mujer, pues seguíamos descendiendo sin remedio con el avión ingobernable en picada hacia la izquierda.

—¡Los chalecos por favor, pónganselos! —La voz de la azafata tenía tintes de dramatismo.

Pronto se hizo evidente que la aeronave se iba a accidentar y el temor se apoderó de todos. La joven a mi lado estaba petrificada, encogida en el asiento como si tratara de hacerse una bola, con su larga cabellera cubriéndole el rostro. Yo encomendé mi alma a Dios y entre el pánico sentía que no iba a morir solo, y no sé porque pero esa sensación me despertó un cierto alivio.

Rugían los motores dando la impresión de que se fueran a estallar, y me imaginaba el impacto terrible contra el mar. Pero lo que ocurrió luego fue tan rápido e inesperado, que por un momento pensé que todo aquello no era más que un mal sueño del que pronto iba a despertar. Sí, porque cuando era inevitable que nos estrelláramos contra el mar, en un abrir y cerrar de ojos la aeronave se enderezó tan violentamente, que algunos pasajeros salimos disparados por el aire, al romperse una parte del casco del fuselaje.

Fuimos arrancados de cuajo y sentí el impacto contra el agua como un latigazo. Al hundirme en las frías olas en medio de la noche, recobré conciencia al cabo de que estaba vivo y que debía luchar por sobrevivir. Me deshice de la correa del asiento que me había servido como una especie de coraza en la colisión, y salí a flote no sin antes haber

Powered by CamScanner

tragado varias bocanadas de agua. Ignoraba si había más sobrevivientes, pero a mi alrededor todo era una silenciosa oscuridad sin el menor signo de vida, sólo el rumor del agua y del viento y nada más.

Lo primero fue darme cuenta de que no tenía ninguna lesión de consideración, luego nadar en forma recta hasta que las fuerzas me lo permitieran. Pero pronto se hizo evidente que moriría ahogado, pues no miraba a donde podría llegar nadando en plena noche en medio del mar; de otra parte después de cinco o seis minutos empecé a sentir un fuerte dolor en la cintura, sin duda ocasionado por el golpe al caer en el agua que hasta ahora se estaba manifestando. Haciendo acopio de todas mis fuerzas seguí nadando tratando de mantener siempre el mismo norte. El dolor no cesaba y al mover las piernas la dolencia se agudizaba aún más, y débil y cansado me detuve casi resignado a mi suerte. El chaleco me ayudaba a mantener a flote y esto era una ventaja, pero tenía el cuerpo engarrotado por el frío. Comencé a sentir que las fuerzas me abandonaban y nunca antes me había visto tan cerca del fin como en aquel instante. No obstante al escudriñar entre las sombras frente a mí, creí ver a lo lejos una gran mancha obscura que sobresalía en el mar.

Volvieron a renacer las esperanzas, pero aquello era tan indefinible, que pensaba podría tratarse de un simple espejismo producido por la extrema agitación. Me lancé en aquella dirección, aunque estaba tan cansado que apenas sí podía levantar la mano para dar una brazada. En el último aliento mis esfuerzos se vieron compensados al tocar piso; luego mareado y agotado, llegué a tierra firme y me derrumbé.

*

Las olas agitaban mis pies al despertar, y por un instante fue como si se me hubiese ido la memoria, porque no sabía

Powered by CamScanner

qué hacía allí de bruces sobre una playa que no recordaba haber visto nunca en la vida. Empero, la tragedia se mostró en segundos en mi mente con todos los horrores, para sentir después una sensación de alegría, de contento de sentirme ¡vivo!, ¡vivo!

Al levantarme y examinar el panorama se presentó a mis ojos un paisaje de cocoteros y espesa vegetación que se extendía a lo largo y ancho de todo lo que la vista alcanzaba abarcar. Se miraban grandes ondulaciones, cerros, acantilados, y se veía que la vida bullía allí por el chillido de toda clase de pájaros. Era el despertar de este nuevo mundo al que me había arrastrado el destino. Pasada la euforia por sentirme salvado del desastre, un montón de preguntas empezaron a acosar mi mente. ¿Era esta una isla? ¿Estaba habitada? ¿Qué peligros encerraba? ¿Sería capaz de sobrevivir?

Bueno, tenía que hacer algo, pero... ¿qué? Sabía que lo más importante era no desesperarse, no dejarme envolver por el abatimiento. Traté de llenarme de confianza y me dije que sería capaz de afrontar cualquier peligro por difícil que este fuera. Y lo primero que se me ocurrió fue buscar refugio antes que explorar nada.

Caminé hasta un promontorio y trepé no sin dificultad hasta la cúpula de una roca desde donde se podía dominar cierta extensión del territorio. Hacía calor y la sed empezó a atosigarme. Miré con detenimiento en todas direcciones lo poco que se alcanzaba a ofrecer a mis ojos y por todas partes era lo mismo: elevaciones, nudos montañosos... Sin embargo, algo llamó mi atención a lo lejos entre los peñascos: en efecto, serpenteando por una filosa ladera se escurría un torrente de agua medio oculto por la maleza. La mejor forma de llegar allí era descolgándome hasta el pequeño valle, para luego caminar hasta la falda de la cumbre. Así lo hice y a pesar de rodar una o dos veces por el suelo, percibía que

Powered by CamScanner

aquello no era difícil para mí: había crecido en las serranías de Villarrica y algo de mi instinto se estaba despertando.

Cuando llegué a la hondonada sentí reaparecer el dolor en la cintura, aunque no con la agudeza de la víspera. Me apremiaba encontrar un lugar y con esta idea me abrí paso por la maleza hasta la cascada. El torrente caía sobre una especie de quebrada que viniendo de lo alto de las montañas, saltaba sobre un lecho de piedras grandes y desiguales, para perderse luego en curvaturas por el valle hasta desembocar seguramente en el mar. Al inclinarme sobre el arroyo, apareció la imagen de un hombre de cara cansada y asombrada. Por un momento me sentí sorprendido ante mi propio reflejo; bebí hasta saciar la sed, me mojé las manos y la cara y me tendí cuan largo era sobre los guijarros de la quebrada; luego exploré los alrededores. Cerca del riachuelo en un nudo de grandes rocas, encontré una especie de gruta. Se miraba que el agua había discurrido por allí, pero por algún capricho de la naturaleza la fuente había cambiado de dirección quedando el sitio aislado.

El lugar estaba a mano izquierda de la vertiente bordeando los riscos, y daba la impresión de una pequeña fortaleza por el agrupamiento de rocas. Al entrar tocaba inclinarse un poco, pero una vez dentro se podía uno erguir y moverse en un espacio relativamente amplio. Todo era roca firme y maciza y el sitio no estaba mal para refugio, suponiendo que me tocara pasar alguna temporada en este desconocido país.

Después de desnudarme y bañarme, lavé y puse a secar las ropas, y me senté en una piedra a la entrada de la cueva y me puse a reflexionar sobre mi situación. Del inventario de mis cosas, solo me quedaba de algo de valía el reloj, con el que al menos me podría orientar en el tiempo. Sí, mi condición no era la mejor y sólo Dios sabría que iba a ser de mi vida.

Cuando mis prendas se secaron volví a la playa, tratando

Powered by CamScanner

de orientarme por el mismo sitio que utilicé para encontrar el refugio. El mar estaba en calma y bruñía como una lámina bajo el sol sofocante; a mi derecha la línea de la playa se extendía unos cien o doscientos metros, mientras que a la izquierda apenas a una decena de pasos se levantaban grandes acantilados, donde el oleaje rompía con fuerza formando mantos de espuma.

Dejándome llevar por una corazonada eché a andar por la margen septentrional hasta el final de la playa; luego me interné por una maraña de bejucos hasta encontrar un barranco que me cerraba el paso, pero que fui escalando agarrándome de los hierbajos. La idea era no alejarme de la orilla de la costa y ver hasta dónde me llevaba aquel primer intento de exploración.

El terreno en general era ondulado, desigual, y al cabo coroné una meseta donde se veían algunos árboles gigantes con las ramas retorcidas. Una bandada de loros echó a volar al romperse un chamizo bajo mis pies. Salieron haciendo un gran alboroto, describiendo un círculo para luego enrumbarse a lo profundo de la zona montañosa. Caminé hasta el borde del terreno y deje vagar la vista por toda la anchura del mar; a mí diestra, el bajamar había dejado al descubierto un tapete de algas, y más allá se miraba una especie de playón con palmeras aisladas, todas con sus troncos curvados y ladeados; después seguía una ensenada y luego el mismo terreno de siempre: arrecifes, acantilados, exuberante vegetación de plantas compuesta mayormente de bejucos, enredaderas, helechos…

Un ave grande de color blanco, un pelícano creo, pasó volando frente a mí y se zambulló adelante sobre una ola, capturando un pez. Ahora no solo era la sed sino el hambre la que también me acosaba. Creí inútil seguir por la margen de toda aquella costa, estimé conveniente volver a mi refugio

Powered by CamScanner

y buscar proveerme una forma de comer o cazar algo.

Consciente cada vez más de lo difícil de la situación, iba a volver sobre mis pasos cuando vi aparecer en el horizonte un barco. Entonces sin pensarlo dos veces me quité la camisa y en el momento en que la blandía de la punta de una vara, una voz femenina rompió a gritar allá abajo en el playón, dando llamadas de auxilio.

Estupefacto volví la mirada hacia allí.

En efecto, una joven había salido corriendo de la sombra de los cocoteros y agitaba las manos desesperadamente.

—¡Aquí! ¡Auxilio! —clamaba.

El barco se movía con lentitud a lo lejos en la línea oceánica, y poco a poco desapareció. El desánimo de la chica no fue sin duda mayor que el mío, pero la inesperada aparición de otro sobreviviente me levantó al punto el ánimo. Con el deseo de hacer contacto con la joven, di un rodeo abriéndome paso por el dosel de matas hasta la playa. El viento era como una cortina aquí abajo, que impedía moverse con presteza. La chica se había resguardado otra vez en la sombra, y al acercarme al bosque de palmeras la miré: estaba sentada sobre un derruido tronco de cocotero y observaba abstraída el mar. Al volver su cara hacia mí, se levantó con el asombro del que ha visto una aparición.

—¡Hola! —dije, acercándome a donde estaba.

Ella me miraba con sus grandes ojos grises escudriñándome con detenimiento, hasta que una sonrisa se cuajó en sus labios.

—¡Usted!... ¡Usted era el que viajaba al lado mío!, ¿no es así?

—Así es —exclamé igualmente alegre, reconociéndola como la joven que había abordado el avión en el aeropuerto londinense.

—¡Qué terrible, qué terrible! —musitó con ansiedad cubriéndose el rostro con las manos.

Iba descalza y su falda aparecía con un desgarrón y toda

Powered by CamScanner

su cabellera le caía en desorden, pero seguía tan hermosa como antes, cuando la vi por primera vez en el avión fatídico de nuestro viaje.

—Qué vamos a hacer señor —dijo tocándose con la punta de los dedos sus ojos húmedos.

Yo paseé una mirada por todo el entorno.

—Lo primero es afrontar la realidad —especifiqué tratando de ser lo más práctico posible—, y esa es que estamos abandonados en este desconocido territorio.

—Al menos apareció usted señor —dijo levantando la cara—, sino yo me hubiera enloquecido en estas soledades.

Yo la miraba tratando de no dejar entrever la emoción que me causaba su súbita aparición:

—A lo más seguro vamos a pasar una temporada en esta desértica región —le dije—, así que es bueno que nos vayamos conociendo; mi nombre es Paco Rozo.

Ella esbozó una leve sonrisa.

—Lorena Rosales.

—Bien —exclamé después de la presentación—, tengo un refugio, una especie de caverna con suficiente espacio para dos o más personas. Hay una cascada y un manantial de agua dulce; allí podremos descansar, comer algo y ver qué es lo más urgente que debemos hacer.

—Pero..., y sí pasa otro barco..., nos podrían ver y rescatar —dijo ansiosa mirando el mar.

—Nadie nos va a ver ni escuchar, eso se lo puedo asegurar. Las embarcaciones pasan demasiado lejos de la costa y sería un milagro que alguien nos avistara.

—Entonces, ¿no tenemos esperanzas de que nos rescaten?

—Estoy seguro que nos están buscando —le dije—. Sin embargo, hallarnos no es fácil. Mientras, tenemos que sobrevivir.

Ella me miraba inquieta y por fin me dijo con un aire como de resignación.

Powered by CamScanner

—¿Está muy retirado el refugio?

—Como a un cuarto de hora; mire Lorena…, si realmente queremos salir adelante, debemos confiar el uno del otro. Yo deseo tanto como usted ser rescatado, pero entretanto debemos pensar con cabeza fría y no dejarnos llevar por la desesperación.

—¡Qué tragedia Dios mío! —exclamó apesadumbrada.

Subimos por el lado en que yo había descendido, pero una vez en la ribera la marcha se hizo penosa, pues a ella le era difícil moverse sin lastimar su delicada piel y sus pies que los llevaba desnudos. En una oportunidad su falda se enganchó de manera tan firme a un zarcillo, que me vi obligado a romper parte del bejuco para liberarla. Cuando llegamos a la otra playa había transcurrido casi una hora; allí hicimos un alto, recogimos unos cuantos cocos y seguimos rumbo a la fortaleza.

Al llegar a la quebrada le señalé el refugio entre los peñascos. Agotada, descansó su cuerpo sentándose en la arena. Allí sobre la misma margen del torrente se levantaba un árbol de hojas ovaladas dando sombra a su alrededor. Mientras yo de bruces bebía agua del riachuelo, ella inclinada, ahuecaba las manos y llevaba el líquido a su boca. Algo dentro de mí vibró al ver esa delicadeza en medio del rudo ambiente.

*

—Desde aquí no alcanzamos a ver el mar —dijo de pronto alzando su rostro fatigado—. Cómo sabremos sí nos están buscando.

—Mientras no encontremos un modo de hacer una señal —le indiqué—, será difícil que nos avisten.

—Una señal —dijo ella pensativa—. Hay que buscar una forma de hacer fuego, ¿Pero cómo?, y sus ojos me miraron con extrañeza.

—Es lo que tenemos que resolver —dije, mientras arran-

Powered by CamScanner

caba la cáscara de un coco que golpeaba contra el saliente de una piedra—; podríamos intentarlo mediante la fricción de dos maderos.

Lorena me miraba golpear el fruto y parece que algo en su memoria se despertó porque dijo:

—Los antiguos se dieron cuenta de que al golpear piedras contra objetos sólidos producía chispas.

—Es un buen punto —dije pasándole el fruto abierto—. Si solucionamos lo del fuego, habremos dado un paso importante.

Utilizaban el pedernal —dijo como hablando consigo misma.

—¿El pedernal?

—Una variedad de piedra, como cuarzo, —y agarrando un guijarro me fue explicando—. Entonces lo rascaban con el eslabón o algo acerado hasta hacerle saltar chispas.

—Muy interesante, pero dónde está el pedernal y el eslabón.

—Es cuestión de que se nos ocurra algo.

Por lo que me di cuenta Lorena no sólo era una chica hermosa sino inteligente, y creía que íbamos a hacer un buen equipo en esta aventura que estábamos empezando a vivir. Ambos permanecíamos en silencio, pero de pronto una idea surgió en mi mente: aflojé, quité la correa del jeans, y después de un momento tenía la chapa en mi mano.

—Aquí tiene el eslabón.

—Perfecto —dijo Lorena—, como pedernal podemos buscar entre las rocas alguna piedra consistente.

Me encargué de tal tarea y entre varios ejemplares ella seleccionó dos o tres de color grisáceo.

—Estas parecen más calizas y carbonadas —dijo.

Arrimamos yescas, y dando la espalda a la brisa, procedí a rascar con la hebilla acerada la cara más lisa de la piedra. Al cabo saltó una chispa y casi enseguida otra que alcanzó la yesca. Empezó a humear y ambos nos aplicamos a avivar la insinuante nubecilla azulada que emergía de las agostadas

Powered by CamScanner

ramas. La alimentamos con hojarasca y leños y se convirtió en una hoguera que crepitaba y nos asombró a nosotros mismos. Pero el sitio no era el ideal para una señal de humo, así que dejamos que la llama se extinguiera e hicimos otra fogata en una eminencia cerca de la playa; el humo se elevaba como una señal débil entre el viento huracanado del mar. Cuando el último leño empezó a arder, una colonia de hormigas grandes y rojas, emergió del tronco. Corrían desesperadas y las que caían a la hoguera reventaban con un leve chasquido. La llama poco a poco se extinguió, hasta que no quedaron sino las brasas y un montón de cenizas humeantes.

Era ya más de mediodía cuando escuchamos un bimotor surcar los cielos. Estábamos descansando a la sombra de uno de los pocos árboles que se levantaban en aquel sitio, y salimos al desplayado gritando y agitando las manos. No obstante, impotentes vimos como el aeroplano se alejaba y se perdía entre las nubes.

—Creo que lo mejor es volver al refugio —dije, sintiendo el rostro encendido; Lorena se miraba tan descompuesta, que me siguió sin chistar palabra.

*

En la tarde, mientras Lorena se daba un chapuzón en la quebrada, yo decidí ir a la playa; al acercarme vi unas cuantas tortugas que salían del mar arrastrándose por la arena para desovar. No sólo me aprovisioné de huevos, sino que también cacé un galápago como de unas quince libras. Lorena me ayudó con la tortuga, la cual le abrimos el vientre no sin dificultad con el filo de una laja.

La noche se nos vino encima; a la entrada del refugio hicimos una fogata y pusimos a asar la tortuga atravesada por una vara y sostenida por dos horquetas sobre las brasas

Powered by CamScanner

humeantes. Dentro de la gruta en medio de la oscuridad, Lorena parecía nerviosa, asustada. Y tenía razón. Una mujer hermosa como ella que se aprestaba a pasar la noche en una cueva con un hombre que hasta ahora estaba conociendo como compañero de naufragio, provocaba cierta intimidación. Yo aparentaba indiferencia, pero era indudable que no podía evitar la fuerza de su atracción, aunque para mí era como contemplar la belleza de una inalcanzable estrella.

La conversación recayó sobre el siniestro del avión y la experiencia vivida cada uno en su momento. Ella manifestó que por fortuna era una buena nadadora, que incluso había participado en competencias universitarias, pero que el agua del mar era demasiado pesada y le había costado mucho esfuerzo llegar a tierra firme.

—Lo que más me daba miedo en esos momentos —dijo—, eran los tiburones. Al llegar a la playa lloré de alegría, de angustia… no sé, estaba histérica.

La luz de la fogata nos cubría con su débil resplandor acentuando el tono rojizo de las brasas en nuestros rostros. De vez en vez escuchábamos a lo lejos el chillido de algún pájaro, o el aleteo fugaz de los murciélagos.

—Alcanzo a recordar que se bajaba usted en Caracas. ¿Es del hermano país? —pregunté tratando de animar la conversación.

—No, en realidad soy colombiana —manifestó alzando la mirada—. Sólo iba de paso a saludar a mi padre.

—¿Vive él en Venezuela?

—Trabaja en el consulado.

—¿Quiere decir qué es el cónsul?

Ella asintió moviendo la cabeza.

—Qué cree que haya pasado con el avión —exclamó.

—Es algo que me he estado preguntando —dije—, de ello depende mucho nuestra suerte.

Powered by CamScanner

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que pueda que nos estén buscando, como pueda que no. Si el avión se estrelló, ¿quién va a saber de nosotros?

—Hay la probabilidad entonces de que... de que... nadie nos esté buscando.

—Me temo que sí.

Ensimismada con la mirada en la fogata, se quedó en silencio.

—Cómo era su vida en España —exclamó al cabo.

—Como la de cualquier inmigrante.

—Sí, pero, qué hacía.

—Trabajos humildes, recolector de frutas y cosas así, mesero, en fin.

—Y cómo le iba.

—No me quejo, pero esperaba poder volver a Colombia y comenzar de nuevo.

—Y qué tenía en mente.

—Tener algo propio.

Lorena calló y tras una pausa me miró y dijo:

—Y qué hacía…, quiero decir antes de venir a España.

Se lo expliqué: que era empleado de una empresa.

—A propósito, ¿cómo hizo para saber lo del pedernal? —inquirí.

—En un principio estuve interesada en la arqueología —exclamó.

—¿Cursa estudios en Inglaterra?

—No, solamente estaba pasando una temporada. Algo así como mis últimas vacaciones de soltera.

Yo fije en ella una mirada de sorpresa.

—Entonces, ¿se va a casar?

Lorena tan solo asintió con un movimiento de cabeza; luego se quedó cabizbaja mientras yo la miraba sintiendo envidia por aquel afortunado caballero que la iba a desposar.

Powered by CamScanner

Cuando el asado estuvo a punto procedimos a la cena. Aunque no resultó una exquisitez, comimos lo suficiente para mitigar el hambre. Aquella primera noche fue de las más embarazosas para Lorena. Habíamos arrastrado gajos de cocoteros formando un tapete para reposar mejor nuestros cuerpos. Antes de recostarnos yo había avivado la fogata echándole más leños, y desde afuera nos llegaba su resplandor que iluminaba a medias la gruta. Cuando la llama se extinguió y todo quedó a oscuras, el silencio y la soledad se hicieron más notorios, con la sensación de estar más a solas.

—Paco —escuché de pronto la voz de Lorena—. ¿Está usted ahí?

—Por supuesto —le dije extendiendo la mano y golpeando con un guijarro la piedra que nos separaba.

Ella se revolvía intranquila en sus hojas.

—¿Qué tienes? —musité

—Estoy asustada.

—De qué Lorena.

—No sé..., de estar aquí.

—¿Con un desconocido? —insinué.

—Por favor, no pienses eso —exclamó.

—No lo pienso, sólo intuyo tus miedos.

—De ninguna manera, es que acá adentro entre la oscuridad, se le acrecientan a uno los temores.

—Lo sé..., solo trate de descansar.

—Buenas noches —susurró ella.

—Buenas noches, Lorena.

Tuve un despertar lento escuchando el alboroto de los pájaros, y cuando recobré conciencia lo primero que hice fue fijarme en Lorena: yacía de medio lado, con la cara vuelta hacia la piedra y las manos bajo la cabeza. Su rostro aparecía tranqui-

Powered by CamScanner

lo, sereno, y durante unos segundos la estuve contemplando arrobado, antes de deslizarme sigiloso fuera de la gruta.

El agua estaba fría en el charco; me sentí al punto relajado y animado después de algunas buenas zambullidas; luego observé el panorama y decidí explorar el lado Sudoeste del territorio pensando encontrar alguna fruta comestible. Caminé unos seiscientos metros quebrada abajo, hasta que miré que la escarpadura de la ladera se podía remontar. Vadeé la fuente y fui escalando el terreno. Al llegar arriba me hallé con una especie de llanura circundada por una línea de árboles más grandes y macizos que los de la margen costera.

Decidido a llegar a la orilla boscosa, atravesé los pastizales llenos de una diversidad de flores en miniatura. Adelante el suelo se hizo más húmedo y al llegar a los matorrales antes de entrar al bosque, pude ver sobre un terreno pelado, huellas que a mi parecer eran de ciervos; pensé que más adelante tendría oportunidad de comprobarlo, si la estadía se prolongaba.

El follaje de los montes con sus grandes árboles impedía el paso del sol, y el lugar era umbrío y fresco; un par de tórtolas casi tan grandes como una torcaza salieron volando de mis pies. El susto que me produjo me hizo dar un salto. Al llegar a un claro del bosque, enjambres de mariposas multicolores danzaban de aquí para allá sobre orquídeas o elementos en descomposición en el suelo húmedo.

No encontré nada comestible fuera de algunas bellotas y especies de nueces, que opté por no consumir al encontrarlas todas con un sabor demasiado fuerte. De regreso capturé un pichón en el hueco de un barranco, llamado si no me equivoco Pájaro Bobo. De adultos tienen un plumaje vistoso y aunque sería difícil domesticarlo, lo llevé por si le agradaba a Lorena.

Cuando se lo mostré se enterneció.

Powered by CamScanner

—Parece un patito recién salido del cascarón —exclamó tomándolo delicadamente entre sus manos—. Y cómo llaman a esta preciosura.

Hacía poco se había bañado y la cabellera le caía aún húmeda sobre los hombros y la espalda.

—Pájaro Bobo —indiqué.

—Pero su apariencia no tiene nada de bobo —manifestó sensiblera: al cabo le buscamos un sitio en la gruta, acomodándolo entre una abertura de la roca.

Ese día volvimos a estar ocupados tratando de mantener viva la fogata en el montículo cerca de la playa. No ocurrió nada de particular y en la noche estábamos un tanto agotados frente a la llama que chisporroteaba a la entrada de la gruta.

—Qué pasa si no hay rescate —solté yo de pronto por ver como reaccionaba Lorena ante esta posibilidad.

—¿Por qué lo dices?

—La otra noche hablaba que puede que nos estén buscando, como pueda que no.

—Estoy segura de que… ¡Por Dios nos van a rescatar! ¿Qué día es hoy?

—Estamos a 8 de septiembre.

—Hasta ahora dos días y todo esto me parece una eternidad —dijo—. ¿Tiene usted idea en qué parte estamos?

Es difícil precisarlo, pero aventuro a decir que estamos fuera de la costa europea.

—¡Todo esto es desesperante!

*

Un mes después no volvimos a gastar energía haciendo señales de humo, ya que era evidente que estábamos abandonados a nuestra suerte y que nadie nos buscaba. Fue entonces cuando decidí explorar más el territorio. Evidente-

Powered by CamScanner

mente habitábamos una isla de unos veinticinco kilómetros de longitud con bosques y pastizales, donde pude ver sobre todo una buena cantidad de venados. Esta travesía me llevó casi todo el día y apenas tuve el tiempo justo para volver, antes de que la noche se desparramara y me hiciese perdidizo el camino.

A un año de estar conviviendo en la isla, yo me estaba acostumbrando a esta forma de vida, pues con Lorena a mi lado lo podía soportar todo y ser feliz, así su amor fuera para mí una mera ilusión. Lorena, es entendible, se mostraba más nostálgica y siempre pasaba horas enteras frente al mar, esperando el milagro de ver en el horizonte marino alguna embarcación que nos avistara y viniera a nuestro rescate. En realidad lo único que llegaba sin falta cada año para los meses de invierno, eran las ballenas jorobadas que con sus danzas y cantos, nos ofrecía un espectáculo singular. Entretanto mi preocupación era ver que no escaseara la reserva de alimentos. A fuerza de experiencia me había convertido en un ágil cazador, en especial de venados.

No fue tarea fácil, pero la necesidad le hace relucir a uno todo el arte y la sagacidad para lograr lo que parece difícil. Nuestros antepasados fueron grandes cazadores, yo tenía ahora que emularlos, pues estaba, se podría decir, en las mismas condiciones, viviendo en una cueva sin más herramientas que las que yo mismo me podría procurar con mis propias manos.

En efecto, atando de los extremos de un bejuco resistente de un metro de largo, dos piedras alargadas del tamaño de una mano, al girarlo de una punta y lanzarlo, este se enrosca sobre las patas del animal encadenándolo e impidiéndole su fuga. Conocía yo el sitio donde solían pastar los ciervos y un atardecer me encaminé a la falda de la montaña para probarme como cazador. Iba también provisto de un hacha de mango

Powered by CamScanner

corto que había fabricado de una piedra de borde cortante, amarrándola firmemente con una especie de cáñamo.

A primera vista, el valle parecía desolado bajo la tenue luz crepuscular. Sin embargo, al adentrarme más en los pastizales, observé una manada de unos cinco o seis ejemplares, alimentándose entre la alta hierba. Había aprendido de un mestizo ciertas mañas, y procedí a quitarme los harapos hasta quedar en cueros. Acto seguido me puse a gatas, deslizándome por entre el pasto como un animal. Cuando estuve a unos treinta metros un par de ellos se quedó observándome. Yo me estuve quieto, casi sin respirar. Incluso, uno trató de acercarse, curioso. Al cabo volvieron a su ramoneo, y bajo esta táctica me acerqué a la increíble distancia de unos ocho metros, justo para lanzar la cuerda impulsada por las dos piedras en sus extremos. Arrodillándome, la arrojé con todas mis fuerzas al que estaba más a tiro, enroscándose la cuerda en sus patas traseras. El animal dio un salto de espanto e impedido para correr, me moví rápido golpeándole duramente en la frente con el hacha. Tras el tercer golpe, el hacha se zafó del cabo, pero el cervatillo se estremecía ya herido de muerte.

Sus cascos son filosos como una navaja, y aún en su pataleo agonizante había que tener cuidado, pues le podía causar a uno una herida de consideración.

Al llegar con mi presa al refugio, Lorena no daba crédito a lo que sus ojos veían.

—¡Nunca pensé que…! ¡Esto es increíble!

Fue nuestra primera cena de venado.

Tratábamos de aprovechar todo, hasta el cuero, que con el tiempo aprendimos a trabajar para confeccionar nuestros propios vestidos, consistente en burdos tabardos que en todo caso sirvió para reemplazar nuestras antiguas prendas hechas jirones. Con los huesos fabriqué una especie de púas y arpones, con los que a veces tenía suerte y capturaba uno

Powered by CamScanner

que otro pez.

En julio y agosto, poco antes de que comenzara el invierno, solía acrecentar mis actividades de caza y provisiones para tener suficiente reserva en los meses de lluvia que iba casi hasta finales de octubre. Fue por esa fecha que caí en cama con fuertes fiebres y escalofríos. Si hubiese estado solo, sin duda hubiera perecido porque durante varios días estuve postrado con las fuerzas totalmente idas. Deliraba y tenía horribles pesadillas y temblaba como un condenado. La sed me abrazaba y sentía como entre sueños la mano bondadosa de una mujer que friccionaba todos mis miembros y dejaba caer gotas de agua en mi boca. Si tenía demasiado frío, sentía que ella me arropaba con su cuerpo como devolviéndome a la vida.

Cuando comencé a tener conciencia y abrí los ojos miré todo borroso, hasta que poco a poco el panorama se fue aclarando y vi el rostro de Lorena. Me frotaba la frente con un trapo húmedo y al verme reaccionar, su cara se encendió de alegría.

Sólo después supe que llevaba tres días inconsciente y Lorena temió por mi vida y quedarse sola en la isla. A un lado de la cueva teníamos una especie de cobertizo con un fogón de brasas para los alimentos, sobre todo en la temporada de lluvias. Lorena con su rústica casaca, armada de arco y flechas semejaba una amazona. Capturó algunos peces, trajo frutas que sabíamos eran comestibles, y durante varios días me cuidó como a un chiquillo, sin permitir levantarme a pesar de que ya estaba prácticamente restablecido.

*

Fue a partir de mi enfermedad —bendita dolencia—, que las relaciones entre Lorena y yo comenzaron a cambiar de una manera sustancial. Había más contacto físico y a veces luego de espulgarme al llegar de caza, se quedaba dormida sobre mi pecho. Cuando abría los ojos, sonreía apenada y se

Powered by CamScanner

levantaba enseguida, desperezándose como una gatica. Disfrutaba yo esos momentos únicos que llenaban mi corazón.

El idilio empezó una noche —creo que fue para Navidad—, en que habíamos estado hablando tanto que Lorena se quedó dormida en mi camastro. Al darnos cuenta estábamos abrazados, ella de pronto buscando mi boca, yo la suya, que la encontré tibia como un pequeño pozo; no encuentro palabras para describir la inefable dicha de aquella noche, que marcó el comienzo de nuestra relación amorosa.

A partir de entonces poco me importaba que nos rescatasen, pues en esta isla había encontrado la felicidad que no había hallado en ninguna otra parte del mundo. Sin embargo, una noticia vino a alarmarme y a preocuparme cuando pasado algún tiempo de nuestro romance, Lorena manifestó que posiblemente estaba embarazada.

¿Un hijo? Lorena llevaba en sus entrañas la simiente de nuestro amor. ¡Bendito sea el cielo! Pero si presentaba complicaciones, ¿qué iba a hacer yo, torpe en estos menesteres? Así las cosas, tal vez era el único motivo que me alentaba a seguir siendo rescatado.

Al comenzar a insinuarse su embarazo Lorena parecía un tanto decaída y de mal genio. Lo atribuí sin duda a los cambios hormonales, que se presentaron con otros malestares como dolor de espalda y mareo.

En el tiempo que llevábamos en la isla habíamos aprendido a sobrevivir, conocíamos cómo hacer fuego, cazábamos una que otra pieza, sabíamos cuáles eran las frutas comestibles, en fin, pero no teníamos recipientes a excepción de una especie de poceta que había cavado en la caverna para tener agua a mano. De modo que me di a la tarea de ver si podía elaborar vasijas de barro. Era importante con Lorena en estado de gravidez, tener al menos donde tibiar un poco de agua, de hervir uno que otro alimento.

Powered by CamScanner

Lorena me aconsejó buscar la arcilla por la orilla del riachuelo, lo que logré después de rastrear durante varias horas la costa del caño. Nunca pensé que algo insignificante como hacer un cacharro de barro fuera tan dificultoso.

Tenía el sitio de trabajo lejos del campamento, en el lugar donde había encontrado la greda. Tras varios viajes trasladé una buena cantidad hasta un gran árbol, donde empecé con mi labor de alfarero. La necesidad imperiosa de moldear estas vasijas como medio importante para lo que se venía, fue lo que me mantuvo al frente, después de fracasar durante varios días en tratar de darle forma a algo que parecía tan sencillo. Cuando transcurrida una semana por fin fabriqué mi primer cacharro, era tan rudimentario, que más que coraje me dio un ataque de hilaridad. Pero la constancia trae sus frutos y terminé por fabricar piezas bien acabadas. Secadas al sol durante varias horas, procedí a la cocción metiendo dos de las vasijas en un hueco que quedó al remover una gran piedra con una especie de palanca. Pulimenté el hoyo, traje una buena cantidad de leña, cubrí los cacharros y procedí a prender fuego. Constantemente alimentaba la llama, empero, a las dos horas me di cuenta que las vasijas se habían reventado.

Ese día terminé con el ánimo abajo. En mi segundo intento clasifiqué mejor la masa de barro, aumenté el grosor de las piezas, las sequé al sol y procedí de nuevo a la cocción, con el resultado después de más de ocho horas de estar al fuego de dos vasijas consistentes, ribeteadas de manchas oscuras. Bueno es decir que estas dos fueron experimentales, que al calentar agua en ellas se cuartearon, que en los otros intentos aumenté el tiempo de cocción hasta que alcancé la justa medida de calor, para piezas consistentes y duraderas.

Mi siguiente propósito era tratar de fabricar mantas tejiéndolas a partir de la fibra de hojas de palma. Luego de doblar y partir un montón de estas especies procedí a sacar las

Powered by CamScanner

hilachas, que más tarde lavé hasta que adquirieron un color blancuzco. Secadas al sol las alisé y arreglé hasta formar delgados cordeles. Templé uno de estos y amarré los otros todo lo junto que pude a lo largo de la pita que colgaba como una cabellera; después procedí a entretejerla; no faltaron los contratiempos, pero había aprendido que todo era cuestión de voluntad y perseverancia.

La necesidad hace al hombre creativo, lo impulsa, le da alas, y esto trae como consecuencia el progreso; desde nuestro arribo a la isla hacía ya más de tres años, era indudable que algo habíamos adelantado: contábamos con vasijas de barro donde cocer y guardar los alimentos, con herramientas, arcos, flechas, hachas...; habíamos aprendido a curtir y trabajar el cuero, a fabricar nuestras propias mantas, en fin, que no había sido en vano el esfuerzo de sobrevivir, y que esperábamos una criatura que iba a ser todo un acontecimiento en nuestras vidas.

Pero a medida que se acercaba el tiempo en que Lorena iba a dar a luz, parecía más nervioso yo que ella. Estaba ya la pobre bastante gruesa y se movía como un pato en su andar lento y cansino. Se empeñaba sin embargo en no estarse quieta del todo y con las manos en jarra se movía de un lado a otro, hasta que un poco sofocada buscaba un lugar donde sentarse y descansar. Con la respiración fatigosa, ella me miraba y sonreía como seña de que no me preocupara, de que estaba bien.

*

Ese día tan esperado del alumbramiento he dicho que me acobardaba más que a la misma Lorena; había andado palmo a palmo esta isla; había enfrentado y desafiado peligros, pero el acontecimiento que se acercaba me ponía más nervioso que ningún otro reto. Creía estar listo, sin embargo sucedió que por una u otra razón, mal cálculo en el tiempo

Powered by CamScanner

o alguna inherente consecuencia de primeriza, el alumbramiento se presentó casi quince días antes de lo previsto. Mi reloj que nos sirvió durante un buen lapso como calendario, se había averiado, por lo que nos tocó inventarnos un sistema para enumerar cada día y cada mes mediante rayas señaladas en las paredes de la caverna. Lo cierto es que según nuestra referencia, el nacimiento debía producirse a mediados de octubre, pero sucedió imprevistamente a fines de septiembre.

No bien habíamos acabado de desayunar, cuando Lorena empezó a quejarse de fuertes dolores de cintura. No obstante se mantuvo en pie durante un buen rato, hasta que se dio cuenta que había roto aguas. Entonces gimiendo se tendió en el camastro, y yo con el alma en vilo trataba de hacer lo que ella me había recomendado.

—¡Ayúdeme Dios mío! —se quejaba con el rostro desencajado por el dolor.

Sudaba y apretaba las manos con desespero, pero en cada espasmo no dejaba de pujar.

¡Qué impotente me sentía viendo la lucha de Lorena por su vida y la del bebé! Al cabo de diez minutos el cuello uterino se había dilatado y vi un punto negro en la abertura. En un quejido en que parecía que se le iba el alma, el cuello se expandió lo suficiente y la cabeza de la criatura empezó a asomar. Con una emoción indescriptible, la tomé rotándola suavemente hasta que liberó todo el cuerpo.

¡Era un bello varoncito!

Arrodillado, lo deposité a un lado del camastro junto a Lorena, que exhalaba grandes suspiros; luego cogí el cáñamo que tenía listo, amarré e hice un nudo por el centro del cordón umbilical, y después con una lasca de cuarzo corté unos centímetros adelante, quedando liberado el bebé que no tardó en dar sus primeros lloriqueos.

Powered by CamScanner

Cerciorándome que todo había salido bien, hasta la expulsión total de la placenta, acerqué el bebé a los brazos de su madre, los abracé a ambos, salí afuera y las lágrimas arrasaron mis ojos.

*

Fue en diciembre, casi tres meses después de haber nacido David —así llamamos al niño—, que al dar un rodeo por la playa vi anclado un barco no lejos de la línea costera. No era de grandes dimensiones, pero se veía bien equipado con una apariencia de navío de investigación. Sobre la cubierta había dos individuos, uno de ellos en traje de buzo, el otro con un tazón humeante en la mano, iba vestido común y corriente; ambos miraban el mar donde se movían los cetáceos. Yo permanecía a cubierto en los ramajes cercanos a la playa con el alma en un puño. No era sino adentrarme un poco más para que me avistaran, pero me negaba a salir y pedir auxilio. Eran por lo menos cinco los que hacían parte de aquella tripulación, porque al cabo surgieron otros dos buzos del agua y apareció una mujer sobre la cubierta. Era sin duda un equipo científico interesado en el estudio de las ballenas, que por esta época solían aparearse saltando por encima de las olas y atrayéndose entre cantos. Tomaban fotografías especialmente de sus aletas, y todos se veían muy activos y entretenidos.

No, no podía negarle esta oportunidad a Lorena y a David, así que regresé al refugio, más que con alegría con una honda preocupación por lo que pudiera representar el cambio brusco de nuestras vidas.

—¿Qué pasa? —dijo Lorena al verme llegar—. No te ves bien.

Estaba sentada en el camastro con David a un lado que yacía adormilado con una luz de sonrisa en los labios.

—Ocurre que… —titubeé.

Powered by CamScanner

—¿Qué? —exclamó ella mirándome y dejando de tejer la manta que estaba por acabar.

Entonces mascullando las palabras le expliqué lo del navío y su tripulación; al saber que yo no había hecho nada, su rostro demudó en una expresión de asombro, de ansiedad; tomó a David entre sus brazos y echó a correr hacia la playa. Yo no me moví de donde estaba y allí me quedé a la espera del desenlace final. No, no estaba poseído por la dicha sino por la incertidumbre, por oscuros presentimientos... Tal vez habría pasado más de media hora cuando escuché el agitar de ruido de pasos y voces por el camino. Una comitiva integrada por tres de los del equipo científico, apareció en la boca de la cueva. Entre ellos estaba la mujer que había visto en la cubierta. El más rubio de los dos hombres traía consigo una cámara fotográfica colgando sobre el pecho; se quedaron mirándome pasmados..., atónitos. Me levanté del camastro y avancé hacia el grupo con una timidez que rayaba en la idiotez.

Me saludaron, tomaron fotos del refugio y la curiosidad los absorbía, pero sólo la mujer sabía hablar español; lo primero que me preguntó fue por el tiempo de permanencia allí, y parecían no salir del asombro. Los dos hombres hacían preguntas que a su vez la mujer me remitía, todas en sí relacionadas con lo que tenía que ver con nuestra forma de supervivencia.

—Han vivido una odisea comparable a la de Robinson —exclamó la mujer—. Han sido muy afortunados.

Al llegar a la playa había un pequeño bote que nos condujo al navío. Un sentimiento perturbador sacudía mi corazón al alejarme del pedazo de tierra, donde como en una película había transcurrido esta parte de mi historia. Sí, allí en el lugar menos impensado, ocurría el milagro de mi vida. ¿Somos de verdad dueños de nuestros destinos? ¡Oh, qué misteriosos son los pasos de nuestra existencia!

En la embarcación casi no reconozco a Lorena. Se había

Powered by CamScanner

acicalado y cambiado la vestimenta por un bluyín que armonizaba con una blusa clara de encaje. Me abrazó muy emotiva y la sentí tersa con una suave fragancia que trastornó mis sentidos. También a mí me facilitaron ropa y utensilios de aseo, fuimos tratados con todas las consideraciones, poniendo a nuestra disposición un camarote en el que nos sentimos extrañamente cómodos.

—¿Qué pasa? —Exclamó Lorena en la tibieza de nuestra intimidad—. No acabo de verlo contento.

—Temo perderte ahora más que nunca —solté con un dejo de desesperanza.

Ella me miró meditativa.

—No Paco, la vida es lo que es y lo que nos enseña y mis sentimientos hacia ti no van a cambiar. Por favor no te atormentes más —agregó posando una mirada tierna en David que yacía a un lado de mí en el catre—. Somos una familia y nadie nos va a separar.

Sin embargo el temor seguía dentro de mí, sin poder evitar oscuros presentimientos; al cabo de tres días, el grupo de científicos nos dejó en un puerto de la costa americana, donde abordamos un bimotor que nos trasladó a Bogotá. Toda una comitiva esperaba en el aeropuerto cuando bajamos del avión, conformada por familiares de Lorena. Al enterarse con anticipación del idilio que había surgido en nuestro estado de infortunio en la isla, fueron cuidadosos en manejar todo de manera subrepticia sin que los medios de comunicación se percataran; al principio fueron benevolentes conmigo, me mostraron simpatía y fuimos alojados en una suntuosa casa del norte, aunque se opusieron que compartiera habitación privada con Lorena.

—Vamos a formalizar todo a su debido tiempo —dijo Gerardo, el padre de Lorena, que frisaba los sesenta años y tenía el porte distinguido del hombre de mundo. Empero, no

Powered by CamScanner

creía mucho en sus palabras y aguardaba con incertidumbre el desenlace de lo que pudiera suceder. Pude darme cuenta desde un principio el malestar que flotaba en el ambiente de la casa y la presión que se ejercía sobre Lorena. La conocía muy bien para darme cuenta de ello; dos días antes de Navidad, su madre se acercó a hablar conmigo. Comenzó exponiéndome el asunto fortuito de nuestra situación, en la que las circunstancias habían obrado para que se produjera una relación, que yo debía de pensar, en hechos normales no se hubiera llevado a cabo.

—Comprenda que no tenemos nada contra usted —me dijo—. Sólo que sea consciente.

—¿Consciente? —dije airado—. ¿Consciente de qué?

—De que lo ocurrido allá no puede continuar acá —exclamó.

—Eso solo lo va a decidir Lorena —espeté, exasperado por tan ruines prejuicios.

Después de tan agria conversación, la proximidad con la familia de Lorena me resultaba cada vez más distante y tensa. De hecho mi situación era más que embarazosa, pero tenía que esperar a resolver todo con Lorena; al acercarme de casualidad una tarde al balcón, donde dejaba vagar mi mirada por la ancha avenida tumultuosa de carros, alcancé a percibir una conversación entre madre e hija proveniente de una de las habitaciones del pasillo interior, que clarificó más la situación de cómo estaban las cosas. La madre hablaba casi histérica y Lorena exaltada, la refutaba.

—¡No madre! —sonaba su voz con una inflexión colérica—. No puedo terminar así de buenas a primera con él. Tengo un hijo suyo, ¿entiendes? Son muchas cosas las que nos unen.

—Un hijo producto no del amor —objetaba la madre—, sino del hecho casual de una convivencia. Agustín llega del extranjero dentro de un mes. Sabe lo de tu situación y está dispuesto a aceptarte. Rehace tu vida hija, por tu futuro y la

Powered by CamScanner

del niño. Agustín te sigue queriendo como antes…

—Yo se lo prometí —la interrumpió ella.

—No todas las promesas se cumplen —la voz de la madre era inflexible, seca—. Paco tendrá que comprender.

—Comprender qué…, madre.

—Que un hijo de un caso accidental, no la puede coaccionar a una vida con él. Una cosa es que él esté enamorado de ti, y otra muy diferente el sentir de tu corazón.

—Cómo puedes aventurarte a decir algo semejante.

—Lorena no te engañes. Esa es la verdad.

—¿La verdad? Solo yo soy dueña de esa verdad.

Casi al instante sentí salir a Lorena, con lo cual me deslicé hasta el balcón, perturbado por la clara presión que se estaba ejerciendo para acabar nuestra relación. Como estaba previsto, a finales de enero llegó procedente del exterior Agustín, el que fuera prometido de Lorena. En nuestras charlas ella no dejaba entrever ansiedad alguna, pero el día de su arribo la observé bastante inquieta y nerviosa.

Días antes le había dicho:

—Lorena, cuánto más tengo que esperar, comprenda que se me hace insoportable esta situación.

Lo sé Paco. Es sólo por conmiseración de ellos. Dame unos días más…, solo unos días.

En definitiva no quedó fijada una fecha, solo que sería lo antes posible, luego de la llegada de Agustín; el rencuentro con su prometido me resultaba inquietante, sabiendo que la familia la presionaba y que él estaba dispuesto a volver con ella. Soportando estos celos locos, añoraba los días de paz en la isla en que ninguna sombra de desdicha amenazaba nuestra felicidad.

A su llegada hubo una recepción. Naturalmente no quería asistir, pero Agustín estaba interesado en conocerme, a la vez que yo también sentía cierta curiosidad por el hombre en el

Powered by CamScanner

que Lorena había puesto los ojos. Desacostumbrado como estaba a este tipo de reuniones, me vi de pronto en el salón de recepción, sintiéndome fulminado por las miradas. Lorena me condujo con Agustín, quien me saludó con cortesía.

—¡Felicidades! —exclamó—. Lorena me ha contado lo importante que fue usted para su supervivencia.

—En verdad necesité yo más de ella —dije sin atenuantes.

El hombre sonrió.

—Ah, qué modesto es usted.

Iba vestido con traje azul de paño, corbata y mancornas doradas, y se había separado discretamente del grupo. No parecía tener más de treinta y cinco años.

—Yo no lo culpo —dijo al llegar a una pequeña habitación donde la claridad era sofocada por pesados cortinajes que daban un tono más de intimidad—. Al menos se portó como un caballero.

Lorena ante una insinuación de Agustín, se había retirado al salón principal, quedando los dos solos en el cuarto. Se veía que me quería provocar por algún fin premeditado en él, pero no iba a caer en esa emboscada sutil, ni tampoco dejarme arrinconar como un animal herido.

—Sería insensato —manifesté tajante—, culpar a quienes se aman. Es el mayor y más sagrado de los derechos.

De pie frente a un gran sillón negro, en el que parecía que se iba a sentar y no lo hacía, lo miré sonreír irónicamente.

—¿Está seguro de ese amor? —exclamó acercándose a un paso de mí en una actitud casi agresiva—. Ella no guarda más que un agradecimiento por una convivencia fortuita de la que surgió una criatura. Es el punto que usted no ha querido aceptar.

Su tono colérico y sus palabras hirientes ofendían mi pundonor, hecho que no tenía por qué seguir soportando; así que suave pero con firmeza, exclamé:

Powered by CamScanner

—No veo para qué continuar con esta hostil conversación, de algo que sólo compete a Lorena y a mí.

Ahora menos decidido a sentarse en el sillón, me cruzó con una mirada de hielo.

—Se equivoca usted —dijo—. Claro que me importa. Ella sigue siendo mi prometida y esa boda aplazada se va a llevar a cabo.

Lo expresó con tanta convicción, que no pude evitar un vacío en el vientre. Era indudable que él iba a luchar por ella, y ahora más que nunca la incertidumbre, los celos, la confusión, me abrumaban lo indecible. Mi pinta de provinciano contra aquel hombre de mundo en disputa por el amor de Lorena, no era muy afortunado para mí. No, no podía estar seguro de nada hasta no ver que ella se marchara conmigo; así que creyendo inútil seguir adelante con aquella discusión, creí que era suficiente para darme cuenta a qué atenerme con Agustín. Iba pues a marcharme sin más preliminares cuando apareció el padre de Lorena, invitándonos a continuar la velada en el salón principal. Al cabo, manifesté sentirme indispuesto y me retiré a mis habitaciones.

*

David, con casi siete meses era un niño precoz que gateaba entre un montón de juguetes y balbuceaba palabras ya inteligibles, y cuando venía a mis brazos su carita se iluminaba siempre con el destello de su tierna sonrisa. Solía verlo con frecuencia, más no lo suficiente, pues mientras estuviera confinado en esta casa tendría poca autoridad para ejercer mis deberes como correspondían. En realidad desde la llegada de Agustín, Lorena salía con frecuencia y su distanciamiento se fue haciendo cada vez más notorio. Al reaccionar pidiendo una explicación, lo que me dijo me dejó de piedra: había formalizado sus relaciones con Agustín.

Powered by CamScanner

—Esto es increíble —espeté levantándome de un salto del sillón en que me encontraba sentado. Con el corazón hecho trizas caminé hasta la ventana, dejando vagar mi mirada desde su altura por la fría calle del atardecer. Estaba tan tenso que sentía como si mi cuerpo fuera a estallar: al volverme ella estaba casi sollozando, la cabeza inclinada, apoyado el mentón entre sus manos. Sin atreverse a mirarme, se levantó y corrió escaleras abajo encerrándose en sus habitaciones.

Era evidente que esa decisión había sido tomada no por voluntad de ella. Finalmente la habían doblegado y los temores que me asaltaron a la salida de la isla se estaban cumpliendo; después me enfrenté a Gerardo, que me citó a su despecho para hacerme una propuesta absurda:

—He sabido lo que pasó. Lorena ha decidido retomar su vida. Creo que usted conocía el compromiso de matrimonio de ella con Agustín, las cosas tenían que volver a su curso normal y eso es lo que sucedió...

—Supongo que ustedes no han intervenido para ello en nada —atajé con aspereza.

—Por supuesto —dijo sin ambages; luego continuó: al disolverse ese enlace fortuito de usted con mi hija, habrá que resolver la custodia del pequeño; en los tribunales estoy seguro, usted llevará las de perder, por lo tanto propongo que bajo una buena cantidad de dinero no intervenga en el asunto, y que el niño quede en la protección de la mamá.

—Suena interesante —barboté tratando de dominarme para no dejar salir la furia que me embargaba.

Su rostro pulcro y bien afeitado dominado por una melena de cabello blanco y surtido, perfectamente peinado hacia atrás, denotaba una expresión satisfecha; luego sacó el estilógrafo de un color plateado brillante, abrió la chequera y escribió con trazos ágiles y resueltos extendiéndome un cheque por una buena suma. Yo lo recibí para saber hasta

Powered by CamScanner

dónde llegaba todo, haciendo mi propia representación.

—Naturalmente —dijo él con su tono y modales diplomáticos, sacando de una de las gavetas un papel sellado—, el abogado ha preparado un documento que usted deberá firmar.

Tomé el papel y junto con el cheque, hice una bola y la arrojé al cesto.

—Mi hijo no se negocia —exclamé; su cara de desconcierto no era para menos, pero no le di tiempo a ninguna réplica y abandoné enseguida su despacho. Intenté hablar con Lorena, pero ella ni el niño estaban en casa. Estuve vigilando hasta bien entrada la noche desde el cuarto de mi ventana sin rastro de ellos, y me fui a la cama asolado por la desgracia; oscuros pensamientos como nubarrones atravesaban mi mente, y sentía que todo era un caos en mí ensombrecida alma. Había algo más de impotencia en mí al hacerle frente al corazón humano con toda su mezquindad en la lucha por lo mío, que cuando estaba en la isla sometido a los continuos peligros de la naturaleza. «En los tribunales usted llevará las de perder», esas palabras repercutían en mis oídos ante la posibilidad de llegar a perder la custodia de David, en caso de una separación con Lorena. No, era insufrible el tormento que me envolvía; hacia el amanecer logré conciliar el sueño y su visión me dejó más inquieto aún: ella y Agustín estaban ante el altar y se iban a casar. Lorena lucía un vestido blanco y Agustín un traje azul, y toda la nave estaba llena de gente que los seguía con miradas de felicidad. Era una ceremonia fastuosa y cuando Lorena fue a recibir el beso del novio, desperté espantado.

Más tarde pude darme cuenta que ella y el niño no habían regresado; ni un mensaje, nada que indicara donde se hallaban. Estaba seguro que cualquier insinuación que hiciera sobre el paradero de ellos, no me iba a hacer clarificado por ninguno de los miembros de su familia. Pero si todo era

Powered by CamScanner

voluntad de Lorena, ¿qué podía hacer yo para retenerla? Sin embargo, esa especie de huida ameritaba una explicación. ¿Qué era lo que realmente estaba sucediendo? Parecía entendible que hubiese cedido a la presión, pero, ¿desaparecer así con David?... En todo caso lo mejor que me quedaba era esperar, para ver la forma de hablar con ella.

Nadie me dirigía la palabra y mi situación era la más embarazosa que se pudiese imaginar. Empero, algo me decía en mi corazón que debía aguantar lo más posible. Dos días después fui citado otra vez al despacho de Gerardo. Esta vez estaba acompañado de su esposa, quien se miraba arreglada y maquillada como para un evento especial, lo mismo que él con un traje de paño recién estrenado.

A pesar del aire grave con que me aguardaban, ambos dejaban entrever cierta complacencia en sus rostros. Él fue el primero en hablar:

—Y bien —puntualizó—; ya que no fue posible llegar a un acuerdo amigable sobre la custodia del niño, tocará que el asunto se resuelva en los tribunales... ¿Aún sigue usted en su negativa?

—Nada tengo que hablar con ustedes al respecto —esgrimí colérico bajo el peso de la incertidumbre de todo lo que estaba sucediendo.

—De todas maneras usted fue vital para la supervivencia de nuestra hija, ¿cierto Josefina?

—Así es —exclamó ésta mientras cruzaba las piernas y posaba sus manos en el regazo sobre una cartera de mano muy lustrosa—. Hay que reconocerlo.

—Teniendo esto muy en cuenta señor Rozo —declaró con elocuencia—, mi esposa y yo estamos de acuerdo en que merece usted una gratificación.

En verdad me sentí ofendido en lo más profundo de mi ser, como si fuera un chiquillo al que se pudiera engañar fácilmente

Powered by CamScanner

con algo baladí.

—Su dinero no me interesa en lo absoluto —proferí irritado.

—Ah, ya me lo esperaba de usted —masculló tras una breve pausa luego de intercambiar una ligera mirada con su mujer—. El dinero es lo más útil en la vida práctica. Tenemos entendido que tenía pensado en montar su propio negocio, bueno, esto le serviría para su propósito, piénselo, sea sensato esta vez.

Estas últimas palabras me resultaron tan ignominiosas, que de no haberse tratado del padre de Lorena mi reacción hubiera sido muy distinta; hirviendo de coraje le dije:

—Su dinero quemaría mis manos; no voy a traicionarlos a ellos por unas monedas..., mis sentimientos no se negocian.

—Y quien habla de negociar —exclamó esta vez con vos estentórea y una mirada torva en sus ojos grises—. Ella ha tomado su propio camino y ha quedado usted en libertad de hacer lo que más le convenga. Su corazón ha elegido a voluntad en su libre albedrío de las decisiones humanas y no sujeta en una isla a un capricho por las circunstancias.

—Me convenceré de ello —dije a mi vez hablando con firmeza—, hasta tener una conversación franca y abierta con Lorena.

—Tengo entendido que ustedes hablaron ya —intervino ahora la mujer—. No veo razón para más explicaciones.

—Más que hablar, ella huyó encerrándose en su habitación.

—Es usted una persona complicada. Para serle franco, haría bien en recibir la oferta y en marcharse.

Me sentí tan afectado, que en verdad quise dar media vuelta y largarme. Sin embargo, yo estaba decidido a saber el paradero de Lorena y mi hijo y no estaba dispuesto a irme de buenas a primeras. De modo que les dije:

—Toda esta afrenta la acepto por ellos, y hasta no tenerlos frente a mí, no me marcharé.

Powered by CamScanner

Ambos quedaron en silencio como sopesando lo que había dicho; luego Josefina consultó el reloj y le habló por lo bajo a su esposo. Este a su vez miró también el suyo y tras un ligero carraspeo exclamó:

—Si eso es lo que usted desea para irse, veré lo que pueda hacer hablando con ella.

Dicho esto ambos salieron con prontitud. El conductor, un hombre ya de cierta edad metido en un frac tan negro como la limosina, les abrió la puerta al verlos llegar, y partieron enseguida a toda prisa. No era la primera vez que salían en traje de etiqueta, pero en esta ocasión algo me decía que tenía que ver con Lorena. Me sentía tan acorralado, tan humillado, que no era capaz de hilvanar claramente mis ideas; entonces por alguna asociación de la memoria, empecé a recordar el sueño donde veía a Lorena casarse con Agustín. ¿Tenía esta visión onírica alguna relación con el futuro inmediato? Me perturbaba la incertidumbre del hecho y que fuera a perder a Lorena, no por voluntad de ella, sino por la de sus padres.

Ensimismado estaba en estas reflexiones cuando escuché un vehículo detenerse afuera. La casa estaba casi vacía, a excepción de uno o dos empleados que se encargaban de la parte doméstica. Aún no había subido a mi habitación y entreabrí los cortinajes del ventanal de la sala, semiocultándome a la vez en ellos. Se trataba de un automóvil plateado con tres o cuatro personas bulliciosas, que reían y charlaban alegremente entre sí. La servidumbre no se percató hasta que tocaron el timbre; al cabo surgió la mucama, una mujer gruesa y silenciosa con muchos años de trabajo en aquella casa según tenía entendido. Gozaba de la absoluta confianza de sus patrones y era prudente como una serpiente. La vi pasar junto a mi lado con cara gruñona y restregándose los ojos, como si acabara de despertar de un motoso. No tenía la menor idea que yo estaba allí con el corazón palpitante, oculto entre los cortinajes. Otro

Powered by CamScanner

timbrazo resonó y se escuchó en toda la casa.

—Ya va, ya va —refunfuñó la mujer.

El que había bajado del vehículo era un hombre joven, una especie de dandi con el cabello ensortijado, vestido de paño, con una expresión pícara y alegre en su rostro de tez morena. Tan pronto como se abrió la puerta, se dirigió a la empleada con su aire jovial.

—Hola Dionisia ¡Ya se fueron los señores!

Desde mi escondrijo podía escuchar sin esfuerzo el acento de las voces, pues la ventana estaba e escasos pasos de la entrada.

—Se acaban de marchar señor..., señor...

—Meyer —dijo el aludido; luego agregó: se nos ha presentado una situación, hemos extraviado la invitación y no acabamos por acordarnos en qué iglesia es la ceremonia.

Una violenta zozobra me invadió al escuchar estas palabras, que al instante las relacioné con lo que martillaba mi mente; casi sin respirar aguardé la respuesta.

—¿Cómo? ¿Qué dice usted? ¿Ha perdido la tarjeta? Válgame Dios... Yo...

Dionisia daba la impresión de dudar, no de ellos naturalmente, pero como un animal parecía oler recelosa el peligro. En el carro, alguien hizo sonar el claxon.

—Nos puede dar esa información, ¿sí o no? —dijo Meyer apremiado.

—Este..., sí cómo no..., en el Divino Salvador —dijo a media voz.

—Al Divino Salvador —dijo el hombre regresando al vehículo—. Tenemos el tiempo justo.

Dionisia pasó casi rozando las cortinas malcarada, la vi subir y bajar las escaleras y luego regresar a su cuarto al fondo del piso. Sintiendo que se me salía el corazón, abandoné mi sitio y salí a toda prisa hasta la avenida, donde abordé enseguida un taxi.

Powered by CamScanner

—¡Lo antes posible!, —le dije al chofer después de haberle dado las indicaciones.

Este me miró con una expresión desabrida, pero como si hubiera leído en mi rostro que en ello me llevaba la vida, exclamó: «Entendido». Media hora después dejábamos el embotellamiento vehicular, y nos desplazábamos a través del verde paisaje de la sabana, vislumbrándose caseríos aquí y allá, distantes, entre los pequeños valles. A pesar de que estábamos a finales de marzo, el cielo lucía límpido con un sol que tibiaba el ambiente de la mañana. ¿Cuánto llevaba ya en esta ciudad? En verdad no mucho, pero el tiempo se eterniza de acuerdo con las circunstancias, y desde mi llegada a la urbe todo había sido sinsabores. Sí, todo se estaba consumando sin poder remediarlo, en contra mía. «Esa boda aplazada, se va a llevar a cabo». Qué cierto estaban resultando esas palabras dichas con mordaz ironía por parte de Agustín. Ansioso bajé la ventanilla, como si la suave brisa fuese a sofocar mi angustia.

—Ya estamos por llegar —exclamó el chofer mirándome por el retrovisor.

En efecto, cinco minutos después entrábamos a Sopó, apeándome en el parque principal y agradeciendo al buen hombre el haberme traído con diligencia. Con el corazón palpitante crucé la calle y me dirigí a la iglesia; una variopinta de vehículos atestaba la entrada y la romería era notoria. Me sentí como en el aire, y desorbitado penetré en la nave abriéndome paso entre el gentío. Al fondo, en el altar, el sacerdote iniciaba una ceremonia de esponsales. No reconocí a Lorena en su vestido de novia, hasta acercarme discretamente por una de las alas del templo. El coraje, los celos, el miedo, toda una gama de sentimientos encontrados surgían en mi alma abatida, de pie, allí, contemplando en medio de aquella abigarrada gente, lo que me estaba dado ver, para

Powered by CamScanner

bien o para que el tormento fuese mayor.

«...Estamos aquí hoy reunidos en la iglesia de Cristo, para llevar a cabo la bendición nupcial de dos personas que unidas por su amor han decido libremente el acto del matrimonio...», las palabras del sacerdote resonaban en la nave con un eco que llenaba el ámbito. No estaba seguro si alguno de los presentes me había reconocido, y cómo iban a obrar al hacer evidente mi presencia. En verdad esto me tenía sin cuidado, que la inquietud más grande era saber la reacción de Lorena. Por eso la saliva parecía haber escapado de mi boca, cuando acercándome un poco más al altar, pronuncié con cierto temblor en la voz el nombre de la novia. De inmediato el padre cesó de hablar, levantando la cara y clavando en mí una mirada atónita.

—Usted... ¿Quién es? —barbotó incrédulo—. Tiene... algo qué... decir.

Pero toda mi atención estaba puesta en Lorena que me miraba perpleja y con el rostro tan pálido como el velo que llevaba puesto.

—¡Paco! —gimió a lo último desvaneciéndose y cayendo en brazos del novio.

De inmediato corrí a su lado sintiendo que la gente se aglutinaba alrededor.

—No se atreva a tocarla —vociferó Agustín, que la aguantaba entre sus brazos, desmayada... ida.

*

Al no volver en sí, Lorena fue llevada rápidamente a la clínica más cercana. Gerardo tampoco pudo reprimir su cólera hacia mí: «Si algo le llega a pasar a mi hija —espetó al abandonar el templo—, usted será el único responsable». En un momento dado todo había sido confusión en la iglesia. Algunos me miraban desconcertados, intrigados, y uno que

Powered by CamScanner

otro fotógrafo disparó su flash sobre el intruso que había causado tal barullo. En el auto Josefina me suplicó: «¡Por favor, cuando termine todo esto desaparezca, acepte nuestra generosidad y deje nuestras vidas en paz!» Yo tan solo callaba mientras adelante la ambulancia se abría paso haciendo sonar la sirena; pasada una hora de estar en solitario en la sala de espera con la mente empantanada de sombríos pensamientos y una extraña sensación de miedo, se presentó una enfermera pidiéndome que la acompañara. Me levanté sin hacer preguntas y caminé tras ella con el corazón en un puño. En el pasillo me crucé con Agustín que traía la cara hecha una furia. Pasó por mi lado en su impecable traje de novio con la mirada al piso, sin voltearme a ver.

—Cómo está ella —fue entonces que me atreví a preguntar a la enfermera.

—Véala usted con sus propios ojos —exclamó abriendo la puerta e invitándome a que siguiera. Al percatase de mi presencia Josefina y su esposo abandonaron el cuarto. Lo mismo que Agustín, tenían una expresión desalentada en sus rostros. Yo me acerqué al punto hasta donde Lorena, y tomé su mano mientras nos mirábamos largamente. La habían despojado de su vestido de novia y llevaba ahora una bata o camisón azul. Aunque su rostro se veía tranquilo y apacible como si todo hubiese vuelto a la normalidad, no quería crearme falsas expectativas hasta hablar con ella.

—Cómo te sientes —musité acabando de sentarme en la silla.

—Estoy bien —dijo apretando mi mano. Sus ojos me llenaban el rostro mirándome de hito en hito: —¿Cómo hiciste para enterarte? —agregó.

—De casualidad. —Y le expliqué con detalle los hechos

—Como podrás ver, todos están contrariados —dijo.

—Lo he notado…, comenzando por Agustín. Tú en cambio, parece que no.

Powered by CamScanner

Lorena sonrió.

—Hiciste lo que tenías que hacer —dijo.

—Temí perderte.

—Nunca me ibas a perder.

—Pero estabas a punto de casarte —dije intrigado

—No iba a hacer la primera en arrepentirse en un altar. ¿Me crees?

Yo tan solo la miré.

—Tienes todo el derecho en dudar de mí —dijo ella de pronto con aire compungido—. No vas a creer la situación por la que pase.

—Lorena, lo sé y la comprendo. Desde un principio me di cuenta de la presión que estabas sufriendo.

—Qué pensaste de mí en todo este tiempo.

—En medio de la atroz incertidumbre, pensé muchas cosas Lorena. Tu padre quería deshacerse de mí cuanto antes. Me ofreció una buena suma para que me fuera y renunciara a la potestad de David. ¡Fue humillante!

Lorena se quedó mirándome y sus ojos se empañaron.

—Sabes —dijo —cuando me desmayé no lo fue tanto. Volví en mí instantes después, sólo que fingí por conveniencia.

Yo esbocé una sonrisa de felicidad.

—Qué susto nos diste. ¡Oh, Lorena, cuánto te quiero!

Me sentí el hombre más feliz de la tierra, pero aún Lorena me tenía la gran sorpresa.

—Ven, quiero decirte algo —exclamó haciéndome señas para que me arrimara junto a ella.

Yo incliné mi cuerpo hacia delante y Lorena bisbisó unas palabras en mi oído.

—¿Cómo? ¿Que estás embarazada? —solté incrédulo, escudriñando su rostro.

—Sí —decía ella moviendo la cabeza sin quitarme los ojos de encima.

Powered by CamScanner

Confieso que estaba al borde de la locura y danzaban frente a mí estrellitas como cuando se ha recibido un fuerte golpe en la mollera.

—¿De quién, de quién estás embarazada?

—Nada más que de ti, tonto —exclamó ella—. Ya todos lo saben. El médico nos lo ha acabado de revelar.

Epílogo

Casi siete meses después Lorena dio a luz a una niña: lleva el nombre de Justina en honor a mi madre y tiene ojos hermosos como los de un ave. Fue entonces que viajamos a Monterrey donde ella vive. La alegría de volver a ver ese hijo resucitado como de entre las cenizas ahora con familia propia, la llenó de una alegría indescriptible. La traje a vivir con nosotros a Bogotá, donde por último nos instalamos por no ser contrario a mis perspectivas ni a las de Lorena.

Agustín ha vuelto al exterior y según noticias dicen que se casó, pero que su matrimonio va de mal en peor; Gerardo, después de haber sido nombrado embajador en un país de Asia, renunció a su carrera diplomática todo lo más por sus continuos quebrantos de salud. Vive confinado en su casa y de vez en vez Lorena va a con David y Justina, con los que se muestran exageradamente pródigos; por lo demás, al volver la mirada hacia atrás y repasar las vicisitudes de mi historia, no puedo más que asombrarme. Sí, porque de en medio de aquella tragedia salió el milagro de mi vida: una esposa, dos

Powered by CamScanner

hijos y una madre feliz.

Sólo me resta agregar al término de mi relato que el avión logró aterrizar de emergencia, pero que dadas las circunstancias del tamaño del desastre, desde un principio a todos nos dieron por muertos. Finalmente la noticia de lo nuestro no pasó inadvertida, conociéndose primero en el exterior en una nota del New York Times, dada a conocer por los sorprendidos americanos que nos rescataron.

Powered by CamScanner

Criptograma

Powered by CamScanner

1

El cuerpo del banquero yacía de bruces sobre la alfombra carmesí en su confortable despacho del piso 15 en el edifico Rosales al noroeste de la ciudad. La Policía Judicial hacía lo de rigor: tomaba instantáneas de la escena del crimen y escudriñaba a fondo aquí y allá, en busca de indicios y huellas digitales. El capitán Gil Bocanegra, jefe de la P.J., estaba exasperado. Era el cuarto crimen en menos de tres meses con el mismo mensaje cifrado de todos los anteriores. Sus víctimas iban de políticos a hombres del mundo de las finanzas, por lo que la presión era notoria exigiendo resultados que dieran luz para la captura del enigmático asesino.

Algunos diarios habían dado tanta rienda suelta a conjeturas, a apreciaciones sobre el misterioso personaje, que estaban haciendo de él una especie de celebridad que chocaba con el temperamento del capitán Bocanegra. En general la policía se sentía burlada por aquel escurridizo criminal que probaba ser muy imaginativo, dejando siempre un mensaje cifrado que anunciaba su futura víctima.

Los medios hacían eco de este original desafío y la policía al ser incapaz de descifrar los mensajes, decía simplemente que el tal acertijo no era otra cosa que un artificio carente de sentido. Sin embargo, en un intento desesperado,

Powered by CamScanner

había difundido las cifradas notas a través de los principales diarios, esperando encontrar alguna información valiosa, o en el mejor de los casos algún ingenioso que echara luz donde ellos sólo veían oscuridad y descifrara la charada de aquel criminal, sí es que de verdad aquello tenía sentido.

2

Alexander Novoa era un pedagogo que estaba próximo a jubilarse. Además también era un apasionado lector e investigador y le llamaban la atención los temas esotéricos, sobre todo los relacionados con la ciencia del sueño. Durante un buen tiempo había estado entretenido con el tal asunto, y en J. H. Dunne en su *Experimento con el tiempo*, encontró valiosos aportes que coincidían con lo que él ya estaba llevando a cabo, como el registro de lo soñado y su relación con el futuro. No obstante, el profesor Novoa constató que Dunne no hacía referencia en su obra del sentido inverso de los sueños como significado de su contexto, algo que él sí había detallado en sus apuntes por el resultado propio de sus experiencias oníricas.

A decir verdad, la única alusión que había hallado sobre contrarios en el texto de Dunne, se refería a una nota sobre un sueño, en la que el autor se veía caminando por una especie de sendero entre dos campos separados por unas altas «verjas de hierro», y dice, que de pronto su atención se fijó en un caballo situado en el campo «izquierdo». Bajo estos parámetro, el sueño se desarrolla hasta convertirse casi en una pesadilla; luego, al otro día cuando se va a pescar con su hermano, se encuentra con la escena del sueño, sólo que el caballo aparece en el campo del lado «derecho», las verjas

Powered by CamScanner

no son de hierro sino de «madera», y más que un animal de grandes dimensiones, el caballo es de escasa corpulencia.

Pero el profesor comprobó que Dunne no tomaba en cuenta estos detalles, que comparados con la realidad resultaban inversos a la secuencia onírica. Donde sí encontró varias alusiones que hacían referencia al sentido contrario de determinados sueños, fue en la *Introducción al psicoanálisis*, de Freud, en la que señala que: «En estos casos no es necesaria una interpretación, pues basta simplemente con llevar a cabo la transformación inversa». Y luego más adelante: «Inversiones de este género se producen en el sueño en varias formas diferentes. Conocemos ya la inversión del sentido; esto es la sustitución de un elemento por su contrario.»

No estaba pues errado en sus apreciaciones de suplantación de ciertos sueños por su inverso, como él mismo lo había podido experimentar. Pero, ¿cómo hacer esa inversión en el caso específico del sueño con cifras, con números? ¿De qué manera hacer la sustitución por su contrario? La ocasión de ver y apreciar posibilidades se le dio cierta vez que compró el boleto de una rifa a un colega suyo, soñando la víspera con el dígito 444 como ganador. Al otro día se enteró que el número favorecido era 555 y se concentró en comparar las dos cifras tratando de hallar una equivalencia contraria. Partió del punto que la cifra visualizada en el sueño era el inverso de 555, y las ideas empezaron a fluir en su mente de forma atropellada y desordenada, sin encontrar un punto de equilibrio que le diera una ruta de partida; de pronto tuvo una ocurrencia un poco pueril: Materia y antimateria. Si se unen se aniquilan mutuamente dando como resultado energía pura. La idea de un efecto como resultante de fusionar los dos elementos fue lo que llamó la atención. Entonces, ¿por qué no fundía las dos cantidades en perspectiva y miraba su alcance? En matemáticas unir dos cifras en

Powered by CamScanner

una sola era pan comido y procedió a hacerlo:

$$\begin{array}{r} 444 \\ 555 \\ \hline 999 \end{array}$$

La aparición del máximo jerarca de los dígitos no dejó de sorprenderle, pues experimentando se había dado cuenta de las grandes virtudes con que había sido dotado este número. Ahora tenía tres puntos de partida y sabía que una cifra era el antípoda de la otra y viceversa con un resultado de influencia del 9.

La conclusión le resultó sencilla y veía que para hallar los contrarios, bastaba hacer una sencilla sustracción con la cifra 9.

Hizo varios ejemplos:

99	› Fórmula	›	99	99	999	99	999	99	99	99	999
72	› Cifra dada	›	45	82	631	27	222	46	10	90	444
27	› Contrario	›	54	17	368	72	777	53	89	9	555

El profesor estaba convencido de lo mucho que había por descubrir en la naturaleza de los sueños, pero el paso del tiempo le trajo como consecuencia que su mente soñadora en la edad madura, perdiera relevancia con los sueños proféticos; de modo que finalmente había perdido el interés, pues lo que más le llamaba la atención de la parte onírica era ese misterioso enlace con el futuro a través de su propia experiencia soñadora.

3

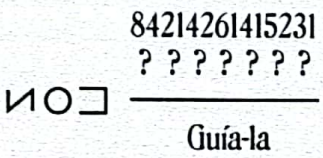
Al leer los titulares, Alexander Novoa se encontró aquella tarde con la página de la noticia del asesino y su criptogra-

Powered by CamScanner

ma, y le llamó la atención enseguida. El profesor estaba enterado del sonado caso, no obstante mantenía tan ocupado en sus propios asuntos, que hasta aquel día le dio por comprar el periódico y echar un vistazo a los mensajes cifrados que era una de las noticias del momento.

El profesor Novoa no podría decirse que fuera un especialista en criptografía. Empero, su afición por los anagramas era notoria y a algunos de sus alumnos los había iniciado en este juego. Como buen educador trataba de despertar el interés de los muchachos por la lectura, la investigación, la creatividad, y le había maravillado el poder imaginativo de varios de sus discípulos.

Enfrentado ahora al criptograma que tenía ante sí, dobló la página en varias partes hasta dejar en el recuadro sólo el críptico mensaje que se anunciaba así:



De entrada parecía complicado con pistas no muy claras que revelaran un indicio para establecer un orden. Sentado ante el escritorio, transcribió el mensaje en su libreta de apuntes como mejor referencia de ver posibilidades. Y le parecía increíble que allí estuviese justamente el nombre de una futura víctima; sin embargo, después de más de veinte minutos de observar y ver detalles, no tenía nada en claro y estuvo de acuerdo con la policía de que aquello parecía no tener sentido. Estaba a punto de desistir, cuando de pronto algo le llamó la atención de los dígitos y los 7 signos de interrogación. En verdad a la serie de números no tocaba buscarle ningún orden, pues esto no conducía a ninguna parte como ya lo había comprobado. Lo que se dio cuenta fue que estos 14 números eran la guía para llegar a 7. ¿Cómo

Powered by CamScanner

hacerlo? El profesor se dio a la tarea de dividirlos por parejas y de sumarlos entre sí de la siguiente forma:

84 | 21 | 42 | 61 | 41 | 52 | 31 |
12=3 | 3 | 6 | 7 | 5 | 7 | 4 |

Ahora remplazó los signos con los números hallados y sintió que había dado un significativo avance:

3 3 6 7 5 7 4
ИОЭ ———————
Guía-la

Su siguiente paso fue concentrarse en las letras «Con» escritas al revés. Alexander analizó que se insinuaba completar un vocablo de siete sílabas restantes que curiosamente coincidían con el número de dígitos encontrados. Estaba tan familiarizado con esa palabra, que casi mecánicamente al cabo de un momento, exclamó: «Contrarios».

3 3 6 7 5 7 4
CON t r a r i o s
Guía-la

La palabra le quedó como en suspenso en la mente, y el profesor llegó a la conclusión de que evidentemente el vocablo se refería al sentido inverso de los siete dígitos. Entonces era indudable que alguien más fuera de él conocía el código de la numerología onírica y esa otra persona era el asesino. Alexander quedó anonadado al darse cuenta de la brillantez de aquella mente criminal. Pero, ¿por qué alguien con su inteligencia y perspicacia llegaba a extremos tan reprochables? El profesor estaba realmente sorprendido. No obstante pensó que no era el momento de esas reflexiones, aún quedaba por resolver lo más importante: el nombre de la víctima.

Powered by CamScanner

Acto seguido hizo la conversión a números contrarios:

9999999
3367574
———
6632425

Después simplificó todo así: 6632425
Guía-la

Acto seguido se fijó en la palabra «Guía-la», y determinó por asociación de ideas, que correspondía al vocablo «La guía», descifrando de esta manera el último eslabón criptográfico. Entonces le pareció ver todo claro: «¡El nombre de la víctima estaba en la guía, en la guía telefónica y aquellos números eran la clave!...»

Dominado por una súbita ansiedad, levantó el pesado directorio y empezó a ojear entre las páginas los dígitos hallados. Era como buscar una aguja en un pajar y el profesor sentía que sus ojos se ofuscaban ante tanto embrollo de números. De pronto sus ojos se detuvieron a mitad de página sobre un número que le hizo saltar el corazón. Era el 663 24 25; inmediatamente lo encerró en un pequeño círculo con su estilógrafo, y tras ver y comparar que sin duda alguna se trataba de la misma cifra, subrayó el nombre en la lista telefónica.

4

El capitán Gil Bocanegra fue llamado de la central para informarle que había alguien interesado en hablar con él sobre el asunto de los mensajes cifrados; desde su teléfono móvil el capitán masculló que estaba muy ocupado por ahora. En todo caso dejó ver que no estaba en muy buena disposición,

Powered by CamScanner

enfrentado como se encontraba en los preliminares de la investigación de aquella otra víctima, que iba a aumentar la presión más de la que ya tenía por parte de los altos mandos que exigían resultados y pistas concretas. Y es que desde que se publicaron los tales jeroglíficos, mucha gente lo que buscaba era protagonismo y el capitán no había escuchado más que cosas sin fondo, cursilerías, que al ser evaluadas no arrojaban nada positivo.

Sin embargo, el agente que llamaba insistió:

—Mi capitán, el caso es que nos ha revelado el nombre de la víctima.

—¿Cómo? —Gil Bocanegra se sobresaltó; hacía apenas veinte minutos habían llegado a la escena del crimen y que él supiera aún no se había filtrado ninguna información a los medios—. ¿Y él asegura haber obtenido la identidad a través del criptograma?

—Así es.

El capitán se fijó en el cadáver del banquero y en el otro mensaje cifrado, escrito en las mismas características de tinta negra sobre hojas siempre de un color blanco. Gil Bocanegra sintió brillar una luz de esperanza.

—Lo quiero aquí en el término de la distancia —ordenó.

Alexander Novoa se sintió consternado cuando al llegar a la escena del crimen, el capitán le mostró el cadáver del banquero; luego, instalados en un cuarto adicional del piso, el oficial fue directo al grano.

—¿Cómo hizo para llegar a la conclusión del nombre? —espetó.

Al profesor le sorprendió el temperamento casi brusco del capitán. Era un hombre de estatura media, pero macizo y ancho de hombros, con un cuello fuerte y una cara seria que intimidaba. Paso a paso, fue explicándole cómo había descifrado el acertijo con el aplomo de su experiencia de

Powered by CamScanner

pedagogo. El capitán no podía ocultar su sorpresa y hasta su incredulidad al respecto.

—¿Números contrarios? ¿No será todo una mera coincidencia?

Y acodado sobre una mesa del mobiliario del elegante piso, se dedicó a verificar lo dicho por el profesor; al cabo se rindió ante la evidencia, al comprobar que en los otros mensajes, los números hallados correspondían con el nombre de las víctimas en el directorio telefónico.

—Es un gran logro —exclamó—. Un paso importante en la investigación.

Luego, tras una pausa, le pidió formalmente al profesor si podía colaborar con él hasta la captura del sujeto.

Alexander se sintió honrado; en verdad no esperaba tal propuesta, pero él mismo tenía una viva curiosidad por conocer algo más de la faceta del asesino.

—¿Cree que le puedo ser de alguna utilidad?

—Claro —soltó el capitán—. Ninguno del cuerpo armado se dio mañas de descifrar la complejidad de esos mensajes. Usted lo hizo y puede ayudarnos con otros detalles.

—Si no fuera un caso tan singular —dijo el profesor sosteniendo la dura mirada de su interlocutor—, no aceptaría.

—Bien —dijo el capitán con un cierto aire de satisfacción—. Manos a la obra.

Halladas las cifras claves del nuevo criptograma dejado a un lado del cadáver del banquero, les llevó tan solo minutos ubicar el nombre en el directorio.

—¿Le suena? —manifestó el capitán mientras marcaba con su bolígrafo el nombre impreso.

—¿Un congresista? —inquirió el profesor tímidamente.

—Exacto. Antiguo senador en uso de buen retiro.

Powered by CamScanner

5

En el edificio donde funcionaba el despacho del ex senador, el capitán desplegó un operativo con policías vestidos de paisano dentro y fuera de la edificación.

Su centro de operaciones estaba en el mismo piso del gabinete del congresista. Había hecho instalar cámaras en sitios estratégicos que le daban una panorámica de lo que se movía en el edificio. De allí vigilaba y daba instrucciones; de todas maneras se mostraba ansioso, inquieto, y no era para menos, sabiendo que un error, un descuido, podría costarle la vida al político y sería su ruina como policía.

En sus quince años de carrera policiaca había tenido que enfrentar toda clase de maleantes, pero nunca uno de las características con el que se encaraba ahora, que incluso había ganado adeptos dentro de la gente del común. Esto irritaba al capitán que no hallaba la hora de echarle el guante. Fija la mirada en los monitores, trataba de ubicar al vigilante de seguridad en la entrada del edificio. «¿Pero qué diablos se hizo?». Hacía más de quince minutos que no había vuelto a aparecer en la pantalla receptora, e inquieto decidió ir a investigar por su propia cuenta.

—Dónde está el vigilante —exclamó dirigiéndose a uno de sus agentes.

Un tanto azorado el policía murmuró:

—Se fue al escusado…, eso creo.

En cuestión de segundos el capitán entró en los servicios, pero de momento no vio al custodio. Hizo una inspección más a fondo observando la parte baja de los retretes. Solo el último baño estaba ocupado. El capitán tuvo un mal presentimiento y pidió al hombre que se identificara. Al no obtener respuesta, empujó la puerta metálica que se abrió con un

Powered by CamScanner

leve chasquido.

Lo que vio el oficial lo dejó de piedra: allí delante de él acomodado sobre la taza del baño, yacía el vigilante de seguridad sin vida, con la boca entornada y los ojos abiertos y vidriosos como los de un pez. El cuerpo no mostraba ninguna clase de herida, pero en la parte del cuello presentaba moretones, signo inequívoco de que había sido estrangulado:

«¡Qué el diablo me lleve!»

—El asesino va en camino —voceó el capitán, comunicándose por radio con sus hombres—. ¡Acaba de matar al guardia y lleva puesto su uniforme! ¡Aíslen de inmediato al senador! ¡Que no escape!

Con una especie de corazonada, el oficial echó a correr por las gradas. El gabinete del ex congresista estaba en el décimo piso, cerca de la terraza del edificio, pero era seguro para Gil Bocanegra que el asesino trataría de pasar lo más inadvertido posible yéndose por las escaleras.

6

—

En efecto, después de haber matado al guardia y de haberse vestido con su uniforme, el asesino tomó la vía de las escaleras. Sin embargo, al llegar al octavo piso sospechó que algo andaba mal al notar cierta agitación de la gente en los pasillos. Entonces se acercó al cuarto de lavabo, abrió la puerta y una vez dentro, empezó a deshacerse del uniforme.

En tanto que subía a toda prisa con su pistola automática en la mano, el capitán no había recibido reporte de novedades y salvo dos o tres personas, no se había encontrado con nadie más en el camino. «Esta vez lo tenemos», se decía respirando fatigosamente. Empero, algo le indicaba que no

Powered by CamScanner

todo estaba bien, pues ya tenía que haber tenido noticias del asesino. No había acabado de llegar al piso diez, cuando fue informado que una empleada del aseo había encontrado abandonado en un baño el uniforme del agente de seguridad.

El capitán dejó escapar un berrido de furia: «A lo mejor», se dijo, «se cruzó ante mis propias narices.»

Fue inevitable que la noticia trascendiera a los medios y la prensa registró así los hechos:

Según fuentes, un profesor cuyo nombre se mantiene en reserva, aplicado a la investigación y estudios esotéricos, logró revelar los mensajes cifrados que el enigmático asesino dejaba después de cada crimen, en que anunciaba con su artificio el nombre de la futura víctima. En efecto, el atentado estaba dirigido contra un ex congresista y la policía teniendo esta vez su coordenada, montó todo un operativo para lograr su detención. Sin embargo, el escurridizo personaje cuando se dirigía a su misión después de haber dado muerte en el retrete a un guardia y colocado su uniforme, fue puesto en evidencia al descubrirse el cuerpo sin vida del agente de seguridad en el baño.

El senador salió ileso, pero el asesino al sospechar el operativo escapó sin mayores indicios por parte de las autoridades. La policía no obstante, dice tener pistas concretas que llevarán de un momento a otro la captura del afamado criminal.

En su despacho el capitán Bocanegra leyó la noticia exaltado. La oportunidad de atrapar al homicida se había esfumado después de haberlo tenido en la misma red. No creía posible que volviera a sus charadas, y aunque se había evitado un crimen más, los altos mandos exigían hechos concretos que condujera de una vez por todas a la captura

Powered by CamScanner

del asesino. El enfoque que ciertos medios periodísticos daban al malhechor, llenaban de coraje al capitán, que sentía que cada vez lo hacían más popular. Nunca como antes en su carrera policiva se sentía tan comprometido como en este caso. No es que no pusiera todo de sí siempre, pero el asunto que trataba ahora se estaba convirtiendo casi en algo personal por todas las circunstancias que suscitaban.

Con un pensamiento obsesivo rondando su mente, había hecho venir al profesor quien se encontraba en el despacho.

—Usted me comentó —observó—, que había iniciado a varios de sus alumnos en el asunto de la criptografía.

El profesor Alexander Novoa enarcó las cejas y lo miró sorprendido.

— Sí. Así es…, efectivamente. Pero, ¿a qué viene esto?

—¿Había alguno que se destacara en especial?, —continuó el capitán.

Alexander miró a su interlocutor creyendo entender el motivo de sus preguntas.

—Había uno —explicó—, que sin ser el más brillante era el más imaginativo.

—Cuál era su nombre. ¿Lo recuerda? —El capitán iba tomando notas de todo lo que decía el profesor.

Alexander inclinó la cabeza y luego dijo tras un momento de cavilación:

—Iván… Cubillos.

—Qué edad podría tener ahora, —soltó enseguida el capitán.

—Entre veinticinco y treinta años.

—Cómo era su aspecto.

El profesor cerró los ojos buceando en la memoria.

—Era de… facciones… alargadas… —dijo, y así fue haciendo un cuadro descriptivo del personaje.

El capitán pareció quedar en suspenso.

—¡Qué el diablo me lleve! —dijo tras una pausa—.

Powered by CamScanner

¡Tenemos a nuestro hombre!

—A qué viene esa conjetura —exclamó el profesor extrañado.

El capitán se lo explicó.

—Y cree usted que esa persona… es mi antiguo alumno… Iván…

—Exacto —atajó el capitán—. Nos encontramos en las mismas escaleras.

—Mucho me temo que no sea así —dijo incrédulo el profesor—. Ni yo mismo lo reconocería si lo viera ahora.

—Es porque usted no es policía —refutó el capitán—, pero basta esa descripción para formarse una idea de sus rasgos. Aunque lo miré fugazmente recuerdo que llevaba gafas… gafas como de una persona miope.

—¿Es posible? —el profesor se agitó en su escritorio—. Él era astigmático.

—Tenemos al pichón —dijo el capitán dominado por la emoción.

7

El profesor por el contrario salió del despacho en un estado de abatimiento ante la evidencia de que uno de sus antiguos y más destacados alumnos pudiese ser el asesino. Casi dos horas después de haber abandonado las oficinas de la policía, Alexander Novoa recibió una inesperada visita en su casa. Estaba ocupado en la cocina cuando escuchó repicar el timbre. Al abrir la puerta se encontró ante un sujeto de estatura media, con unas gafas en montura de carey desde las cuales lo miraban dos ojillos de expresión melancólica.

—¿I…Iván…Cu…billos? —barboteó el profesor sintiendo que se le doblaban las piernas.

Powered by CamScanner

El inesperado visitante cruzó por delante de él colándose de rondón. Tras cerrar la puerta, el profesor lo enfrentó con una mezcla de sentimientos que rondaba la curiosidad y el miedo.

—¿Nadie sabe que usted está acá?

—Nadie excepto usted —manifestó.

El profesor fue hasta la cocina y terminó quitándose el delantal. El visitante se había sentado en la sala de estar, y Alexander Novoa se acomodó en otro sillón junto a él. El profesor esperaba inquieto que su ex alumno se pronunciase, pero este mantenía un silencio desconcertante.

—Iván —se animó a decir el profesor tratando de mostrarse lo más sereno posible—. ¿Es usted el autor de esta serie de asesinatos?

—Sí mi querido profesor; esperaba que me lo preguntara—. Llevaba puesto un abrigo que hacía juego con sus pantalones, y sus zapatos eran negros relucientes.

—Pero, ¿por qué? —soltó el profesor posando una mirada ansiosa en la cara del asesino.

—Dígame profe, ¿qué es más delito, crear un banco o asaltar un banco? ¿Y quién puede ser más hipócrita y demagogo que la clase politiquera? «Raza de víboras».

—Pero, ¿por qué matar? La venganza no conduce a nada. Asesinar a una persona es lo más abominable que puede llevar a cabo un ser. ¿No siente en el fondo del corazón lo inicuo del hecho?

—Yo mato y mis muertos no sufren. «Ellos» en cambio matan con el poder y sus muertos son sombras de vivos.

—Qué lo llevó a convertirse en lo que es, por qué la maldad y no el camino de la sabiduría que también intuía desde un principio.

—«La sabiduría del pobre es despreciada y sus palabras no se escuchan». —dijo; luego agregó: —«Veo bajo el sol, como una especie de desacierto procedente del soberano:

Powered by CamScanner

los necios elevados a altos cargos, y los aptos en puestos humillantes.»

El profesor hizo memoria y recordó que las citas se referían al Eclesiastés. Supuso que el corazón rebelde de Iván lo hacía en cierta manera confundir, aunque el libro en sí estaba imbuido de un evidente pesimismo que al darle una interpretación parcial, podía llevar a la desesperanza. Un sinnúmero de preguntas se agolpaban en la mente del profesor, que con el paso de los minutos se iba relajando y entrando en más confianza con su ex discípulo.

—Por qué los enigmas Iván —dijo—. Qué pensaba demostrar con esto.

—Mucho —soltó enseguida el homicida—. Una inteligencia desaprovechada. Como Caín, mis ofrendas no fueron gratas y fui condenado con la marca del olvido. Los enigmas eran un reto profesor, y usted los descifró. Se preguntará, ¿por qué lo visito?

Un escalofrío le recorrió la espalda al profesor, al sentir la fría mirada del asesino escudriñar su rostro.

—Lo visito —terminó diciendo— para cumplir la promesa.

—¿La promesa? —el profesor sentía la boca reseca y las palmas de las manos frías como el hielo.

—En efecto —dijo el criminal—. Ahora quiero que llame al inspector.

Alexander se había quedado prácticamente sin habla.

—¿Al capitán? —Indagó incrédulo—. ¿Podría saber para qué?

—Llámelo y acabemos con esto de una vez por todas —sentenció con un tinte autoritario en su voz, que hacía ver muy claro quién estaba al mando de la situación.

Bajo la fría mirada de su ex discípulo, Alexander alargó la mano y tomó el teléfono que estaba en la repisa frente a ellos y marcó los números que correspondían al móvil del capitán Bocanegra.

Powered by CamScanner

—Qué le digo —exclamó el profesor, tan tenso como lo puede estar un condenado agobiado por el peso de la incertidumbre.

El hombre esperó en silencio mientras Alexander, azorado, no hallaba qué decir; entonces a una seña de este le pasó el teléfono: «El juego ha terminado. Estoy en la casa del profe.»

Su voz se hizo dura, metálica. «Que el diablo me lleve», fueron las palabras que alcanzó a escuchar el homicida al colgar enseguida el auricular.

...

Lo que sucedió minutos después fue lo más impresionante en la vida de Alexander Novoa. No habían pasado más de cinco minutos de hecha la llamada, cuando su ex alumno, pasándole un sobre blanco que llevaba doblado en el bolsillo, exclamó: «Como Sócrates, bebo mi propia cicuta.» Y poniéndose en pie se tragó dos especies de cápsulas; momentos después cayó al suelo pataleando y echando un espumarajo sanguinolento por la boca. En un instante el profesor estuvo a su lado, sólo para ver su agónica partida que duró muy poco: «¡No preveía un desenlace así, Dios mío! ¡Se ha quitado la vida con su propia mano!» En un estado de gran excitación el profesor fue por una manta y cubrió el cadáver, luego sentado en un sillón en medio de la fúnebre calma, se tomó la cabeza con las manos sintiendo que su cuerpo destilaba un sudor frío. A veces la realidad es tan sobrecogedora que nos cuesta aceptar los hechos y quedamos como suspendidos en el tiempo en una situación petrificante. A Alexander Novoa le costó asimilar lo sucedido: su propio ex alumno, el siniestro personaje, muerto frente a él. Recordó entonces la carta y tomándola de la mesita del teléfono la sacó del sobre y empezó a leerla. La carta, escrita en tinta

Powered by CamScanner

negra en rasgos legibles y elegantes, temblaba en sus manos. Decía:

He cumplido la promesa.
Como la Esfinge que azotaba los caminos de Tebas enfrentando a los viajeros con acertijos, se suicidó cuando Edipo descifró su misterio. Ella perseguía un fin, yo otro, y lo que hice está justificado.

Al leer la simple y escueta nota, el profesor se sintió aún más desconcertado. El mundo de Iván era algo nebuloso, enfermizo, casi digno de conmiseración. Y en el fondo él era un Edipo que sin proponérselo había matado indirectamente a su propio ex alumno. Cuando hizo su aparición el capitán con un piquete de agentes de los servicios especiales, se sintió frustrado al enterarse de los acontecimientos.

—No era lo que yo quería —dijo con un dejo de irritación en la voz.

—Y qué esperaba —replicó el profesor molesto por el tono del capitán.

—Coger la colmena con la miel y saborear el triunfo. Ahora que teníamos pistas claras sobre todo lo de él y estábamos listos para echarle el guante, resulta que se entrega por voluntad propia y fuera de eso se suicida.

El levantamiento del cadáver se hizo bajo la agitación de los medios que hacían lo imposible por obtener instantáneas de la escena debidamente acordonada por la policía. El teléfono en la casa del profesor no cesaba de repicar, todos queriendo una nota especial con él para conocer en detalle los pormenores del suceso. A lo último se encerró en su cuarto entregado a profundas reflexiones. Agobiado como estaba se durmió, pero fue un sueño marcado por la angustia de la pesadilla.

Powered by CamScanner

Contenido

Prefacio	5
Los poderes del mal	9
Destinos	47
Criptograma	95

Powered by CamScanner

ENTRELETRAS

Títulos publicados

Umbral de lunas
Antología de escritores del Meta
Edición para Extensión Cultural del Meta

Mateo solo (novela breve)
Evelio Rosero Diago

Y éramos como soles (poesía)
Julio Daniel Chaparro

Árbol ávido (poesía)
Julio Daniel Chaparro

Antología del amor y de la vida (poesía)
Beatriz Baltodano Esguerra

Mis muertes (textos breves)
Jaime Fernández Molano

Filo de ausencias (poesía)
Jaime Fernández Molano

Sinfonías iniciales
Memorias del Taller Permanente de Escritores del Meta
(poesía y narrativa) varios autores

Otras geografías (periodismo literario)
Jaime Fernández Molano

Literatura llanera:
aproximación histórica y crítica (ensayo)
Henry Benjumea Yepes

Leyenda de antiguos caminantes (poesía)
José Vicente Casadiego León

Bicicleta de lluvia (poesía)
Nayib Camacho O.

Alguien creerá que esto es la poesía-Orsai (poesía)
John Fitzgerald Torres Sanmiguel

Sonrisas de Dios (cuento infantil/juvenil)
Silvia Aponte

Crecimiento físico de estructuras corporales
Morfología corporal (ensayo) varios autores

La escuela y su relación con el menor trabajador
(ensayo) Fernando Campos Polo

La ciencia antropométrica aplicada a la
educación física (ensayo) varios autores

Los niños también cuentan (ensayo)
Henry Benjumea Yepes

Diccionario llanero (filología llanera)
Hugo Mantilla Trejos

He perseguido mis ojos (poesía)
Olga Malaver

En la escuela (novela breve)
Mario Hernández Enciso

Frente al ángel (poesía) - Edición para Unillanos
Nayib Camacho

La casa en desuso (poesía) - Edición para Unillanos
Carlos Pachón

Cantos del desterrado (poesía)
José Vicente Casadiego León

Senderos de lucha (novela)
Mario Gutierrez-Díaz

Reconstrucción (poesía)
Henry Benjumea Yepes

Cuentos de Baobabs (cuentos)
Jorge Omar Hurtado Ruiz

Así me lo contaron... (tradición oral)
Silvia Aponte

Mateo solo, (novela breve), edición conmemorativa
a 25 años de su primera edición
Evelio Rosero Diago

Guía metodológica para los procesos deportivos
en escuelas de formación (ensayo)
Andrés Ricardo Muñoz Blanco

Yacuana, historia y patrimonio
de Puerto López, Meta (ensayo)
Apolinar Beltrán Villazón

Con cetro de insigne marfil y otros escritos (ensayo)
Rafael H. Salamanca R.

Amanecer del tiempo (poesía)
Eduardo Espinel Riveros

A la altura del deseo (poesía)
Angélica María Guerrero

Raíces rojas (poesía)
Apolinar Beltrán Villazón

Tiberio Pérez murió de algo (cuentos)
Mario Hernández Enciso

Mujeres (poesía)
Triunfo Arciniegas

Agreste acrópolis (novela)
Nayib Camacho O. (en coedición con Metaediciones)

Powered by CamScanner

Mi mundo de aventuras y otras historias
(relatos infantiles)
Juan David Botero Ospina

Gotas de tinta 2012
Textos ganadores Concurso Departamental de Cuento
Varios autores (niños y jóvenes)
Edición para el Instituto de Cultura del Meta

Cuentos de 3 tipos - 3 tipos de cuentos (narrativa)
Enrique Torres Quevedo, Roberto Sanabria García
y Eduardo Espinel Riveros

El cocodrilo viajero y la batalla contra Cromox
(texto infantil)
Juan David Botero Ospina

Gotas de tinta 2013
Textos ganadores Concurso Departamental de Cuento
Varios autores (niños, jóvenes y adolescentes)
Edición para el Instituto de Cultura del Meta

Trazos de vida 2013
Obras ganadoras Concurso Departamental de Artes Visuales
Varios autores (niños, jóvenes y adolescentes)
Edición para el Instituto de Cultura del Meta

Carranza vive
Concurso Nacional y Departamental de Ensayo
Eduardo Carranza (textos ganadores)
Varios autores

La magia del abuelo (historias)
Ómar Marino Rodríguez

La esperanza en los animales
Historias basadas en la vida real de los cautivos en la selva
Juan David Botero Ospina

El Meta, los llanos son vida
Fotografía del Meta, varios autores
Edición para el Instituto de Turismo del Meta

Sabores y saberes en la cocina del Meta
Varios autores
Edición para el Instituto de Turismo del Meta

Mal adentro
Entre columnas y montañas (vivencias)
Roberto Sanabria García

Aguafuerte (poesía)
Paloma Bahamón Serrano

Dulces gritos de ciudad (cuentos)
Nayib Camacho O. (en coedición con Metaediciones)

Edición secreta (poesía)
Jaime Fernández Molano

La firma del alcalde (ensayo)
Leonel Pérez Bareño

Frásica (ensayo novelado)
Antonio López Jurado

Gotas de tinta 2014
Textos ganadores Concurso Departamental de Cuento
Varios autores (niños, jóvenes y adolescentes)
Edición para el Instituto de Cultura del Meta

Jugando, creando y aprendiendo (textos infantiles)
Varios autores
Edición para la Casa de la Cultura Jorge E. Gaitán

Trazos de vida 2014
Obras ganadoras Concurso Departamental de Artes Visuales
Varios autores (niños, jóvenes y adolescentes)
Edición para el Instituto de Cultura del Meta

Cantos del desterrado II (poesía)
José Vicente Casadiego León

El último tinigua (poesía tradicional)
Colección Entre sueños y mastranto
Hugo Mantilla Trejos

Gotas de tinta 2015
Textos ganadores Concurso Departamental de Cuento
Varios autores (niños, jóvenes y adolescentes)
Edición para el Instituto de Cultura del Meta

Jugando, creando y aprendiendo II (textos infantiles)
Varios autores
Edición para la Casa de la Cultura Jorge E. Gaitán

Trazos de vida 2015
Obras ganadoras Concurso Departamental de Artes Visuales
Varios autores (niños, jóvenes y adolescentes)
Edición para el Instituto de Cultura del Meta

Juanito y la Piedra de la tonina (relato infantil/juvenil)
Julio Suárez Lozano

Confesiones de un desencantado (poesía)
Carlos Enrique Pachón García
Edición para la Casa de la Cultura Jorge E. Gaitán

Furor de la llanura (poesía y canta llanera)
Colección Entre sueños y mastranto
Tredy del Llano

La profesión de los labios (cuentos)
Nayib Camacho O.

El amor de Gabriela y otros cuentos (cuentos)
Yormary Rincón Parra

Los poderes del mal y otras narraciones (narrativa)
Hernando Gómez Villarraga

Powered by CamScanner

Esta edición de
Los poderes del mal y otras narraciones,
al cuidado editorial de Entreletras,
se terminó de imprimir
en el mes de agosto de 2016
con una tirada de 1.000 ejemplares.

Powered by CamScanner

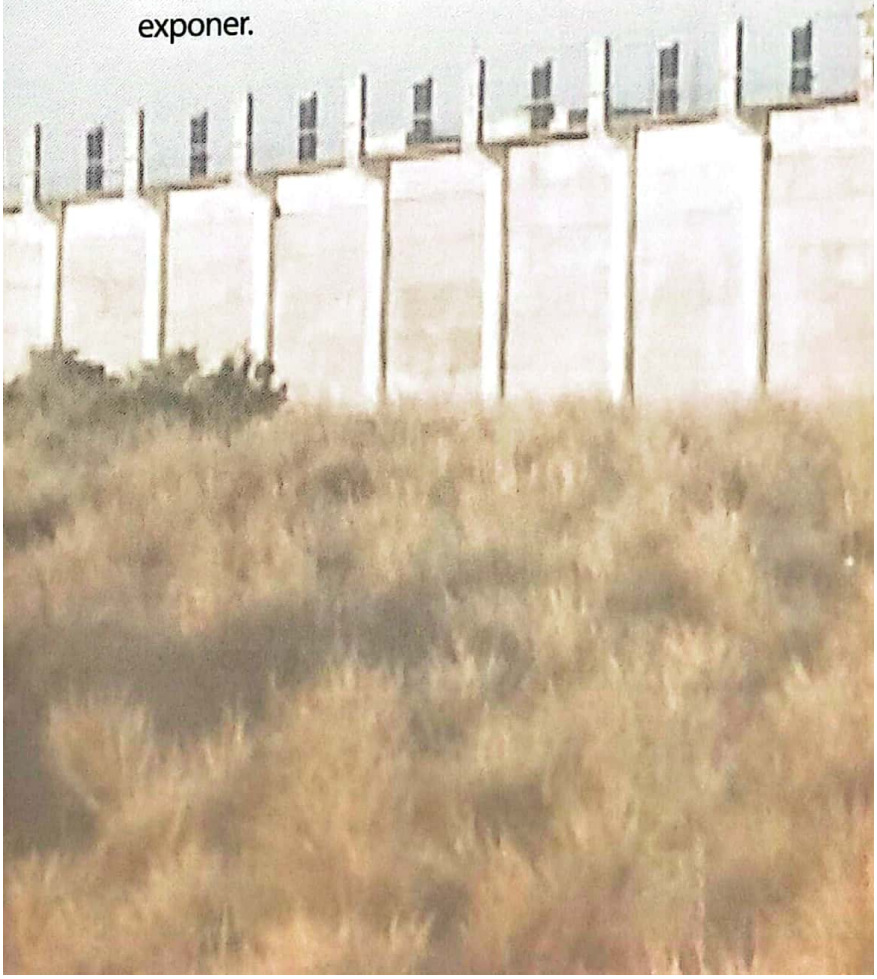
(viene de solapa anterior)

Faulkner, Dostoievski, entre la amplia gama de sus escritores favoritos.

Este enriquecimiento literario es lo que ha dado visión a sus obras; por ello podemos afirmar que más que académico, Gómez Villarraga es un disciplinado autodidacta, como tantos otros escritores universales.

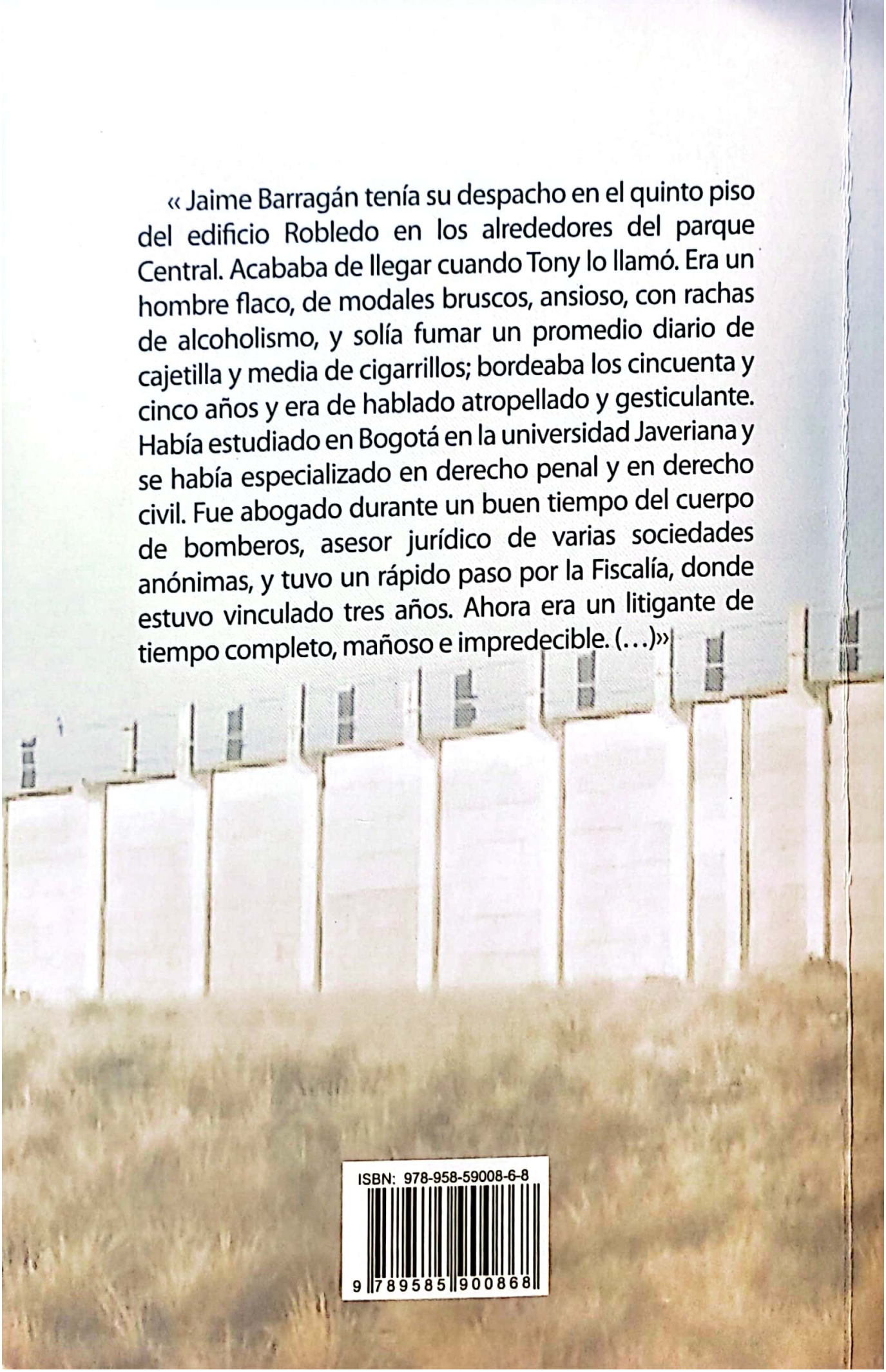
Inquieto por lo periodístico, ha escrito algunas columnas en el periódico Llano7días. Así mismo, sus textos han sido reseñados y publicados por diversas publicaciones regionales.

Los poderes del mal y otras narraciones, lo componen tres textos narrativos, y es una muestra más de su quehacer literario, con temas disímiles, pero con un solo objetivo: evidenciar lo humano y sus facetas, que es en últimas lo que el artista está llamado a exponer.



Powered by CamScanner

« Jaime Barragán tenía su despacho en el quinto piso del edificio Robledo en los alrededores del parque Central. Acababa de llegar cuando Tony lo llamó. Era un hombre flaco, de modales bruscos, ansioso, con rachas de alcoholismo, y solía fumar un promedio diario de cajetilla y media de cigarrillos; bordeaba los cincuenta y cinco años y era de hablado atropellado y gesticulante. Había estudiado en Bogotá en la universidad Javeriana y se había especializado en derecho penal y en derecho civil. Fue abogado durante un buen tiempo del cuerpo de bomberos, asesor jurídico de varias sociedades anónimas, y tuvo un rápido paso por la Fiscalía, donde estuvo vinculado tres años. Ahora era un litigante de tiempo completo, mañoso e impredecible. (…)»



ISBN: 978-958-59008-6-8
9 789585 900868

Powered by CamScanner